

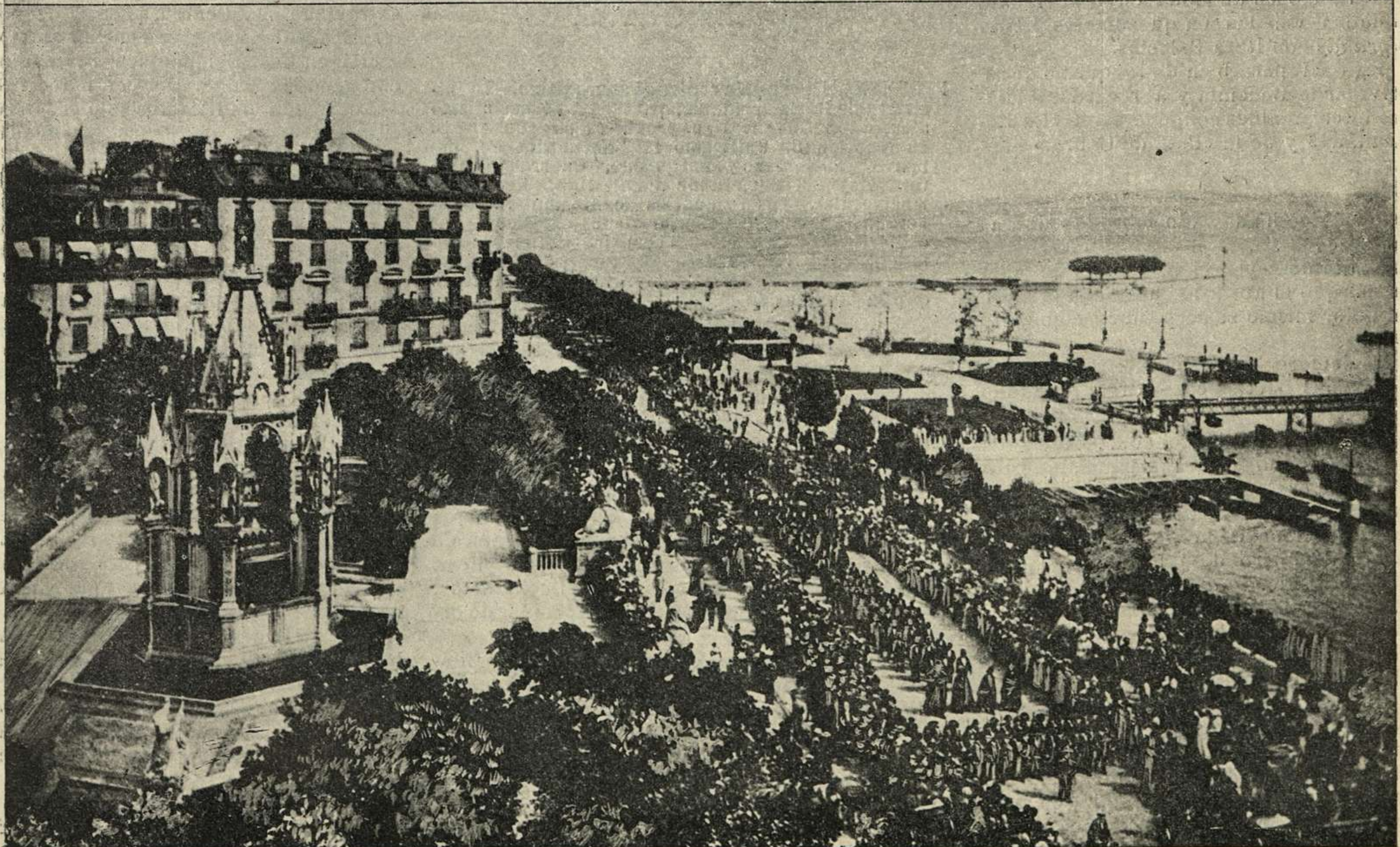
# EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, OCTUBRE 16 DE 1898

NUMERO 16

## EL ASESINATO DE LA EMPERATRIZ DE AUSTRIA.



1.—El cortejo fúnebre al salir del Hotel Beau Rivage.

2.—Demostración de simpatía frente al Hotel Beau Rivage, en Ginebra



## LA SEMANA

El tercer aniversario de la coronación de la Virgen del Tepeyac fué celebrado en la Basílica de Guadalupe con la misma pompa que otras veces, aunque con menos entusiasmo.

La aristocrática concurrencia que acudió accediendo á la invitación que para la fiesta religiosa hicieron circular distinguidos caballeros, recibió una sorpresa que compensó la relativa sencillez del acto.

Quien diga que en México el arte decae, ignora ó finge de propósito ignorar que cada día nos trae nuevos avances y un refinamiento de gustos y aficiones desconocido en la supuesta edad de oro cuya exacta situación en *los buenos tiempos que fueron*, no asientan á señalarlos los pesimistas sistemáticos.

No sé, lo confieso, si antaño celebrarían festividades como la del último miércoles, con una selección tan delicada de atractivos artísticos. La misa de Fons resucitó el piadoso y místico siglo anterior al Renacimiento italiano.

En la historia eclesiástica no hay acaso época más bella, que la señalada por el definitivo consorcio del arte con los ideales religiosos. Hay que volver las miradas y el pensamiento á la fé sencilla de un Fra Angélico para comprender las maravillas de la plástica que confinaba con las bellezas inmateriales.

Como la pintura de aquel santo, preservado del paganismo invasor por la soledad del claustro, la música medioeval llevaba en sus acentos, y resucita en nuestra época de cosmopolitismo y democracia, la tristeza vaga del instinto cristiano.

*El Paraiso Perdido* ha hecho célebre y glorioso el nombre de Milton en el mundo entero y hoy lo llena de afrenta en el Teatro Principal.

Aquello es un puritanismo al revés. Las figuras de la pieza son bíblicas, paradisiacas, y no hay en los huertos del valle suficientes hojas de higuera para cubrir tantas pecaminosas desnudeces.

El género chico progresa. Afina los procedimientos porque el tandófilo es cada día más exigente y aunque en la parte literaria con bien poco se conforma, vuelve del lado de la plástica con unos caprichos que no podrá satisfacer el empresario sin perder la gravedad de su carácter. . . .

Afortunadamente para los que van al teatro en busca de impresiones susceptibles de pública confesión, dizque pronto inaugurará el teatro de las tandas unas funciones de moda cuyo programa copiará el de las veladas en que oíamos piezas de *género grande* con Rosa Palacios.

Dios lo haga así, para bien de los que no se resignan á olvidar la Bohemia y á recordar á Burón con las interminables congéneres de «La Redoma Encantada» y de la «Pata de Cebra.»

Un viento trágico ha soplado sobre las riberas pestilentes del canal.

Todo, hasta la desesperación, debería de tener sus límites, porque el absurdo choca con la naturaleza y el dolor mismo se suspende y cede ante el asco.

Ya que no siempre ha de ser sublime el suicidio, sea el menos estético como Ofelia flotando sobre el río.

Pero arrojarle al canal hediondo. . . Adelante.

Otro de los suicidios de la semana, muestra un caso típico de sugestión. Dos jóvenes, más ó menos exaltados por románticos fantaseos, hablan de las decepciones de la vida, y uno de ellos propuso á su compañero de infortunios,—acaso imaginarios,—un suicidio á *duo*.

Incontinenti vierten un veneno en sendos vasos, y al llevarlos á los labios sólo uno de los jóvenes bebe; el otro no ha hecho más que un simulacro de envenenamiento.

En este singular suicidio, la sugestión del uno ha sido la causa ocasional de que el otro se arrancara la vida. Tal vez sin el asentimiento de su imprudente compañero, el desdichado suicida se hubiera sobrepuesto á la crisis juvenil que desflora tantas bellas esperanzas, sacrificadas á esa melancolía funesta que engendra en las almas la educación sentimental. Unos versos, una novela pesimista, el mutuo contagio de dos imaginaciones delirantes invaden un espíritu débil con su legión de ideas insanas.

La pública curiosidad se ensaña comentando en vacío las causas de la muerte de una señorita profesionista, prometida de un joven médico.

Había ido al consultorio de su futuro, y súbitamente fueron llamados otros dos médicos para contener una hemorragia que en breve privó de la vida á la joven.

Ya el cadáver estaba sepultado y el hecho olvidado cuando la autoridad judicial inició inesperados procedimientos, ordenando la exhumación. La sospecha de un crimen, da siempre margen á malévolas suposiciones, y si el hecho es misterioso ó raro por lo menos, la credulidad popular se entrega á las hipótesis, prefiriendo las más absurdas.

No es posible juzgar; pero dentro de la reserva más prudente de opiniones, entristece la tempestad de escándalo que agita un infortunio.

Anúnciase la construcción de un gran hotel en la calle de Patoni. Según los datos que publica la prensa, los empresarios invertirían más de un millón de pesos en la obra.

Nosotros casi no tenemos idea del atractivo de nuestro maravilloso clima. En New York donde en verano caen los transeúntes, muertos de insolación, y en el invierno apenas basta el admirable confort de las habitaciones para contrarrestar las crueldades de la atmósfera; en todos los inmensos territorios del Norte, castigados perpetuamente con todas las inclemencias, hay millonarios que darían todo su oro á cambio de los 25° centígrados de nuestro valle.

México es para ellos el *delicious summer resort*, mejor dicho, lo sería, sin las abominables privaciones que aquí sienten, habituados como están á una complicación tal de comodidades materiales que aún Europa se les antoja país inhabitable.

No es mucho que prefieran la temperatura de hornaza de sus climas á una estancia en los estrechos é incómodos hoteles mexicanos. El hombre vive de hábitos y tolera lo malo que conoce desde que nació á una pena desconocida y nueva.

Por eso el día que podamos crecer al millonario del Norte, hoteles como el «Auditorium» ó el «Gran Hotel,» México será la ciudad opulenta, aristocrática y cosmopolita de América, la residencia de los príncipes y nababs á quienes veremos desfilar por las calles con la misma indiferencia con que ven en Broadway á los *rough riders* de Roosevelt.

Dick.

## Política General.

**RESUMEN.**—La cruzada contra el anarquismo.—La iniciativa de Italia aceptada por todos.—El socialismo alemán.—Sus avances, sus progresos, sus conquistas. La reacción de Guillermo II.—Recuerdos de Bismarck.—Socialismo y anarquismo.—Guerra sin cuartel.—Viaje del Emperador á Palestina.—Recuerdos medioevales.—Las tendencias de Alemania.—Un soberano protestante defensor de los católicos.—Las conferencias de París.—Las comisiones internacionales en Cuba y Puerto Rico.—Obstáculos y dificultades.—La deuda de Cuba.—El protocolo y el tratado de paz.—Conclusión.

Sacudida la sociedad europea con un estremecimiento de horror, por el salvaje atentado de Ginebra, que hirió de muerte á la augusta matrona que compartía con el emperador Francisco José el trono de Austria-Hungría, ha comenzado, como era natural, una excitación por todas partes para arrancar de raíz los gérmenes morbosos que producen el anarquismo, planta venenosa cuyas emanaciones pestilentes amenazan de muerte á todos los grandes de la tierra, fermentación extraña de esta edad llena de sublimes grandezas, y llena también de tristes y dolorosos desfallecimientos, que engendran esas manifestaciones propias de organismos caducos.

Viendo los soberanos de la tierra que por filiación natural, las ideas anarquistas proceden del socialismo, mal elaborado en cerebros ignorantes, incapaces de comprender la parte filosófica de los apóstoles que han predicado la regeneración del obrero, contra el socialismo se lanzan y organizan cruzada formidable ahora que sus progresos crecientes llevan á sus adeptos hasta sentarse en las curules de los parlamentos.

\* \*

Hubo un tiempo en que el Emperador de Alemania, teniendo manifiestas tendencias á borrar

del Imperio hasta las huellas del régimen bismarckiano, pretendiendo rehacer la obra entera del Canciller de Hierro, tuvo complacencias y hasta halagos para los socialistas. La ley terrible decretada en tiempo de Bismarck sufrió tan honrosas modificaciones, que casi pudo decirse derogada. Los socialistas cobraron ánimo, tuvieron ocasión de organizarse en grupos, de establecer círculos, de llevar sus ideas de las ciudades fabriles y manufactureras á los pueblos, á las aldeas y á los campos; al socialismo urbano iba adhiriéndose con perfiles revolucionarios el socialismo rural. La organización, ganando paso á paso nuevas plazas en el Reichstag, pesaba ya en las decisiones del parlamento, y en más de una ocasión, uniéndose con los liberales, ligándose con los católicos ó absteniéndose en las discusiones, pudo decidir con su voto de las más arduas cuestiones del Imperio.

Difícil era que el Emperador, siempre pretendiendo á imponer su augusta soberana voluntad, siempre procurando conservar y concentrar en su persona las facultades legislativas, siempre haciendo todo lo posible por reinar como absoluto, sin trabas de Dietas ni de Parlamentos, difícil era que tolerara por más tiempo estos avances del socialismo que menoscababan su poder y cercenaban su autoridad.

La muerte de Isabel de Baviera que todos lamentan, el atentado horrendo de Luchessi que todos anatematizan, la manifestación repugnante última de los anarquistas, prestan ocasión favorable para una reacción antisocialista. Como desgraciadamente los monstruos anarquistas, que últimamente han brotado esgrimiendo el puñal del asesino y agitando la tea incendiaria, han salido de Italia, de allí es de donde ha partido el grito de alarma: el gobierno del rey Humberto ha sido el primero en convocar una convención internacional, para allegar los medios que hieran en el corazón á la hidra feroz que se persigue. Todos los soberanos, los gabinetes todos de Europa han contestado de acuerdo, y ya se indica la ciudad de Venecia como el punto donde han de reunirse los representantes del orden constituido, los comisionados de los gobiernos legales, los delegados de los pueblos cultos, para concertar la manera más cómoda, expedita y eficaz de extirpar el anarquismo.

\* \*

No espera Alemania las decisiones del Congreso de Venecia para comenzar sus persecuciones contra el socialismo. En el Imperio hay gérmenes bastantes para que la aspiración sana del obrero, mal dirigida, encauzada por rumbos oscuros y extraviada en su curso, pueda degenerar en alteraciones de la paz, en cuarteaduras del edificio social, en desquiciamientos revolucionarios, y á ello acude el Emperador con mano firme.

Allí donde los filósofos se pierden en lucubraciones abstrusas, donde los predicadores toman los perfiles del apóstol y los poetas se transfiguran en genios proféticos; allí donde el suelo fecundo se abre para recibir las semillas de todos los ideales y los gérmenes de todas las aspiraciones; allí donde la estructura política tiene á los pueblos sujetos á un régimen férreo y ligados con fuertes ataduras á una constitución militar, basada sobre las necesidades de después de las conquistas, y pedida por las exigencias de rivalidades inextintas, allí también las ideas socialistas crecen, se cambian, se transfiguran en ecos revolucionarios; arman alguna vez la mano del regicida, empujan en ocasiones á las turbas ignorantes á manifestaciones tumultuosas, y sólo por las condiciones de raza y algunas circunstancias de educación, esas fermentaciones de las tinieblas, esas producciones del antro, no llegan á tomar en el alemán los perfiles sombríos y los rasgos característicos de los anarquistas meridionales.

Pero ha llegado el tiempo de arrancar esa hierba malsana, de dirigir la tendencia honrada y la aspiración sensata del obrero y del campesino alemán, por la vía del orden legal: á eso tienden las disposiciones tomadas por el Emperador. Mas esas resoluciones tienen que acomodarse al medio y á los intereses ya creados, no pueden romper con violencia contra un grupo de la sociedad que ya es respetable por su número. No ha mucho que uno de los jefes principales de esa organización, que por el voto de sus conciudadanos tiene un asiento en el parlamento, y por el consentimiento de sus compañeros tiene la jefatura del partido, ha declarado, que constituido ya el



socialismo como partido político en Alemania, es ahora invencible; sus trabajos hicieron rodar del pináculo de su grandeza al príncipe de Bismarck. Ante su fuerza, ante su resistencia, se estrellarán también las persecuciones del Emperador.»

No será así. Probablemente se establecerán medios de conciliación. Acaso haya concesiones por ambas partes y el elemento obrero y el rural, con su representación genuina en el parlamento, irán cumpliendo su programa dentro del régimen constitucional.

\* \* \*

Mientras se resuelven estos problemas de alta trascendencia, mientras se agitan las diversas clases sociales preparándose á la cruzada antianarquista, allá va Guillermo de Hohenzollern acompañado de su augusta esposa, allá va, nuevo caballero del santo Graal, rumbo á los Santos Lugares á visitar el sepulcro de Cristo. Allí, cubierto con la armadura immaculada de G. dofredo de Bouillon ó de Balduino de Flandes, ostentando sobre su casco brillante el águila bicípite del Imperio, visitará los lugares santificados por las hazañas medievales de sus antepasados, recorrerá la Palestina en carros triunfales, recibirá pleito homenaje de gentes y pueblos desconocidos, purificará sus labios en las aguas del Jordán, santificará sus armas junto á las iglesias primitivas, y tal vez, al regresar, se considere como uno de los héroes legendarios, que en las edades pasadas pelearon por la Cruz contra las huestes sarracenas.

Muy desviado andaría de la verdad el que juzgase este viaje del Emperador como una excursión de recreo, engendrada entre las aficiones románticas que han producido las lecturas de los *mienesinger*. Defensor de la fe se presentó Enrique de Prusia en el Golfo de Petchili, y en defensa de los cristianos tomó posesión de la bahía de Kiao Chao. Defensor de la fé será Guillermo de Hohenzollern en las soledades de Siria; y como alguna vez se ha hablado de poner esos territorios al amparo de la cristianísima Francia, se adelantará á los acontecimientos, precederá á su rival en el camino de esas conquistas pacíficas, y tal vez por compensaciones de apoyos efectivos y morales á la Sublime Puerta, en la cuestión de Oriente que afecta á Europa, obtenga el protectorado de los católicos de la Turquía Asiática. ¿Quién podrá oponerse á esos manejos, quién se atreverá á interponer el veto á esas aspiraciones de modo tan poético realizadas? . . .

\* \* \*

No son tan fáciles y llanos los caminos que tienen que recorrer las comisiones internacionales de paz en las conferencias de París, y las comisiones hispano americanas encargadas de hacer cesar la soberanía española en las Islas de Cuba y Puerto Rico.

Claros como estaban los términos del protocolo, firmado en Washington, en cuanto se refería á la cesión de Puerto Rico y de las islas adyacentes en favor de los americanos y al abandono de toda soberanía española en la Grande Antilla, no han logrado ponerse de acuerdo los comisionados, al entrar en los detalles y menudencias de esa cesión y de ese abandono.

Aparte de las cuestiones de derecho común que provienen directa é inmediatamente del cambio de nacionalidad de los territorios, en cuanto se refiere á las personas y á los habitantes, han surgido cuestiones relativas á los edificios, á los bienes muebles é inmuebles del Estado, al material de guerra, fijo y rodante, á la administración particular de cada uno de los territorios desamparados por las guarniciones españolas, y antes que en todo esto, han tenido que fijarse en el asunto transcendental de la cuantiosa deuda cubana, tratando de fijar las responsabilidades de los unos, las obligaciones de los otros y los derechos que á cada cual corresponden.

De un lado está la Unión Americana que todo lo exige, que no quiere hablar de deuda cubana, alegando que esos compromisos corresponden á

## DAMAS DISTINGUIDAS



Señorita Natalia Kerlegand.

(DE MEXICO.)

Fotografía de Valletto.

España y que el abandono de la soberanía no debe traer consigo aparejada la cuestión de tan importante responsabilidad; del otro lado, España que todo lo pide, y que al perder sus colonias, pretende entregarlas á beneficio de inventario, con todos los gravámenes y deudas que en nombre de ellas se habían contraído antes. Perdidos en estas discusiones los comisionados de ambas naciones, ven transcurrir el tiempo sin que avance con la rapidez deseada la obra de la evacuación de las fuerzas españolas. Falta de transportes y escasa de medios para adquirirlos, España no puede acudir á recoger á sus hijos que viven ahora en el desamparo y aislamiento; y entre tanto el americano reclama y exige que en términos perentorios queden terminadas las operaciones de la evacuación del territorio cedido ó abandonado.

\* \* \*

Las conferencias de París tampoco van desarrollándose tranquilamente. Eco fiel de las dificultades pulsadas en la Habana y en San Juan de Puerto Rico, marchan lentamente, sin que hasta ahora se sepa que los representantes han llegado á algún acuerdo definitivo. Agrégase á esto que, hayan apenas apuntado el problema filipino, ha servido sólo para dividir los ánimos y provocar protestas de una y otra parte en aquellas conferencias que deben ser modelo de calma y de serenidad.

Es que como antes hemos dicho, el archipiélago filipino será el escollo ante el cual pueden estrellarse la buena voluntad de los comisionados y las contradictorias instrucciones que han recibido de sus respectivos gobiernos. Sean cuales fueren los proyectos que se reserva hasta ahora el presidente Mc Kinley, estamos seguros que en la expansión colonial á que tienden, deben comprender algo más que la ciudad y la bahía de Manila y Cavite con sus territorios adyacentes. Podrán limitarse sólo á la isla de Luzón; pero si quisieran extenderse á todo el Archipiélago, para constituir una república tagala bajo el protectorado americano, ó para anexarla como acaban de hacerlo con las islas Hawaii, ¿lograrán convencer é imponer su voluntad á los diplomáticos españoles? ¿No se opondrán éstos sin descanso, á tales pretensiones? ¿Quién puede pensar

que España se ha decidido á perder para siempre su imperio colonial, replegando en la península todas sus actividades y concentrando en la metrópoli todas sus energías?

He aquí, pues, que dos circunstancias de distinto género nublan por ahora el cielo sereno en que deben desarrollarse las conferencias de París: por un lado, la deuda de Cuba y las dificultades de repatriación de las tropas españolas con los anexos de las propiedades del Estado en las Antillas; por otra, la cuestión filipina, que pone en abierta pugna los intereses españoles y lo que hasta aquí pudiéramos llamar las aspiraciones americanas.

Puedan la moderación y el tino de los encargados de formular ese tratado de paz salvar todos los escollos, vencer todos los obstáculos y terminar sus tareas tranquilamente, sin que presenciemos el espectáculo, que sería doloroso, de ver suspendidas esas conferencias, y por ende, recomenzadas las hostilidades entre dos pueblos amigos nuestros.

X. X. X.

13 de Octubre de 1898.

## El Nuevo Manicomio General.

### UN GRAN PROYECTO

El grabado de la siguiente página representa el proyecto formado por Sr. Ingeniero D. Luis L. de la Barra y aprobado por la Secretaría de Gobernación.

El terreno es extenso y costó ochenta y seis mil pesos. El recinto murado tendrá de frente cuatrocientos cuarenta y cinco metros por trescientos de costado. En su interior se levantarán, en primer término y en la zona central, los Pabellones de administración, de Fiestas y Biblioteca, de Servicios Generales, Comedores, de Maquinaria y Talleres y el Anfiteatro y Museo Anatómico-patológico.

Los Pabellones laterales se destinarán á Pensionistas de primera clase, al servicio de Admisión y Observación, Pensionistas de segunda clase, Enfermería y Asilados gratuitos.

La línea excéntrica quedará ocupada por las habitaciones para los facultativos encargados de los diferentes departamentos, el Pabellón para los degenerados, el de Baños y el de Agitados.

En la parte posterior del Pabellón de Administración se construirá un amplio y hermoso jardín con una fuente en el centro; en los ángulos correspondientes al muro principal, se formarán dos jardines.

Completan el cuadro apenas bosquejado, los pabellones para vigilantes, uno en cada ángulo del edificio, caballerizas, depósitos de carbón, de combustible, etc.

El número de dementes que contendrá el asilo es de 632, ó sean: 24 de primera clase, 128 de segunda y 480 de tercera. Los pabellones quedarán comunicados por galerías cubiertas. Los servicios generales, médicos y administrativos, deberán estar situados en la parte central del edificio para conseguir que las comunicaciones sean fáciles y rápidas. Ya levantado el plano, se convino en invertir el orden de los pabellones de pensionistas de primera clase y de admisión; aquellos quedarán más inmediatos á la Administración y el de admisión más retirado.

Se observará que todos los pabellones situados á uno y otro lado de la zona central, tal como se destacan en el grabado, son iguales en su aspecto y simétricos; los de la derecha serán para las mujeres y para los hombres los de la izquierda.

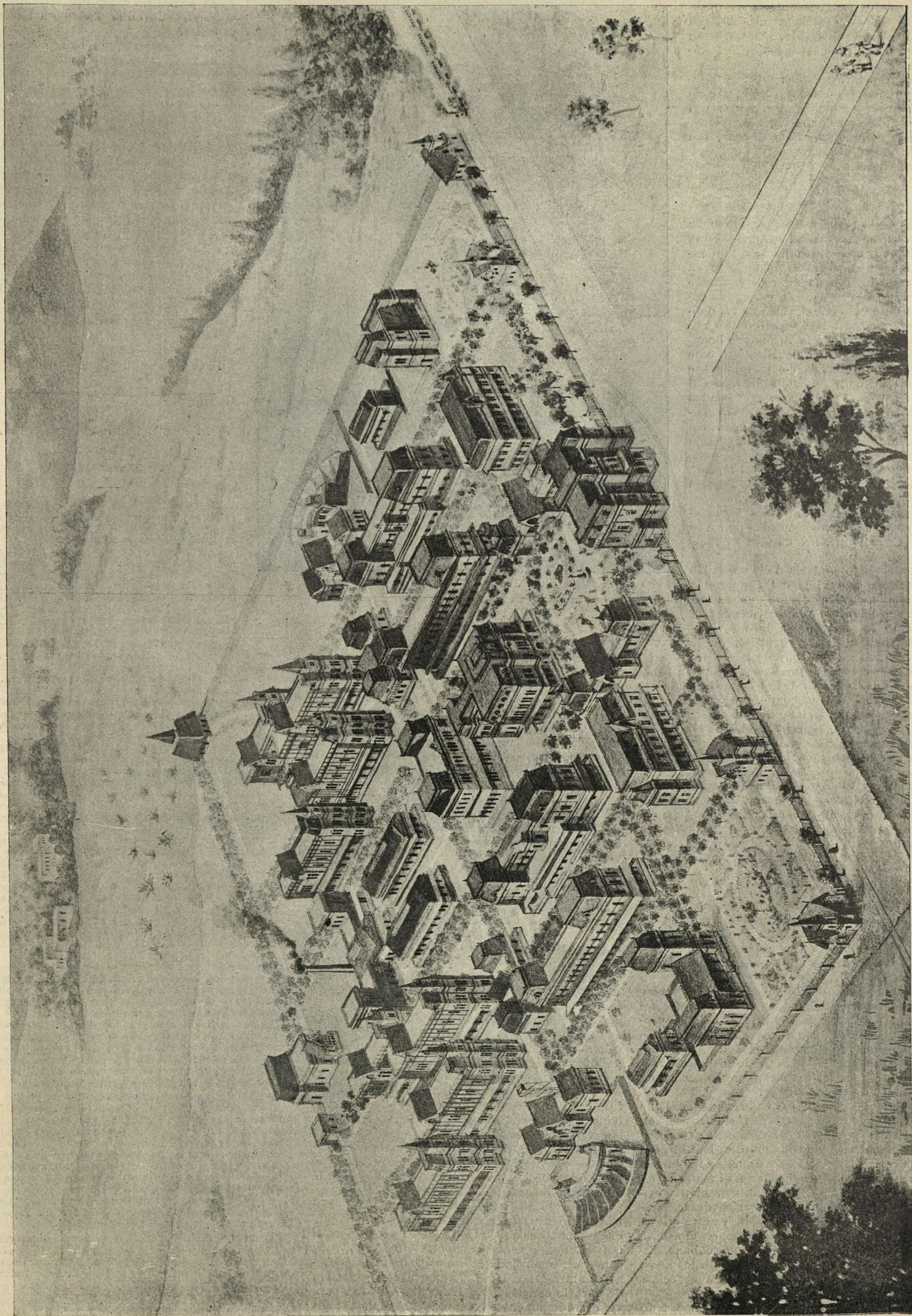
Para los casos de incendio, el establecimiento deberá tener una buena bomba, escalas, mangueras y extinguidores. El personal de vigilantes y jefes de taller deberá estar apto para prestar sus servicios en caso dado, para lo cual será necesario darles la instrucción que el uso de los aparatos requiera.

Se ha procurado, además de la solidez y bonito aspecto de la obra, que todo aquello que rodee al demente sea agradable; que cuando se encuentre perfectamente vigilado, se crea, sin embargo, en absoluta libertad; que la disciplina sea un hecho sin hacerse penosa por el empleo de medios violentos que nunca deben usarse; y, en suma, que por medio de distracciones y fiestas atinadamente escogidas y por un trabajo voluntario y de carácter remunerativo, se consiga que en la imaginación llena de tinieblas y preocupaciones de los enajenados penetre un rayo de luz que alegre y consuele al miserable.

El personal de la Comisión que estudió el proyecto, se compone de los señores Doctores Vicente Morales, Manuel Alfaro, S. Morales Pereira, Antonio Romero é Ignacio Vado é Ingeniero D. Luis L. de la Barra.

Merece aplausos el Supremo Gobierno por este gran proyecto de Manicomio General, y muy especialmente enviamos nuestras felicitaciones al Señor Secretario de Gobernación, General D. Manuel González Cosío.

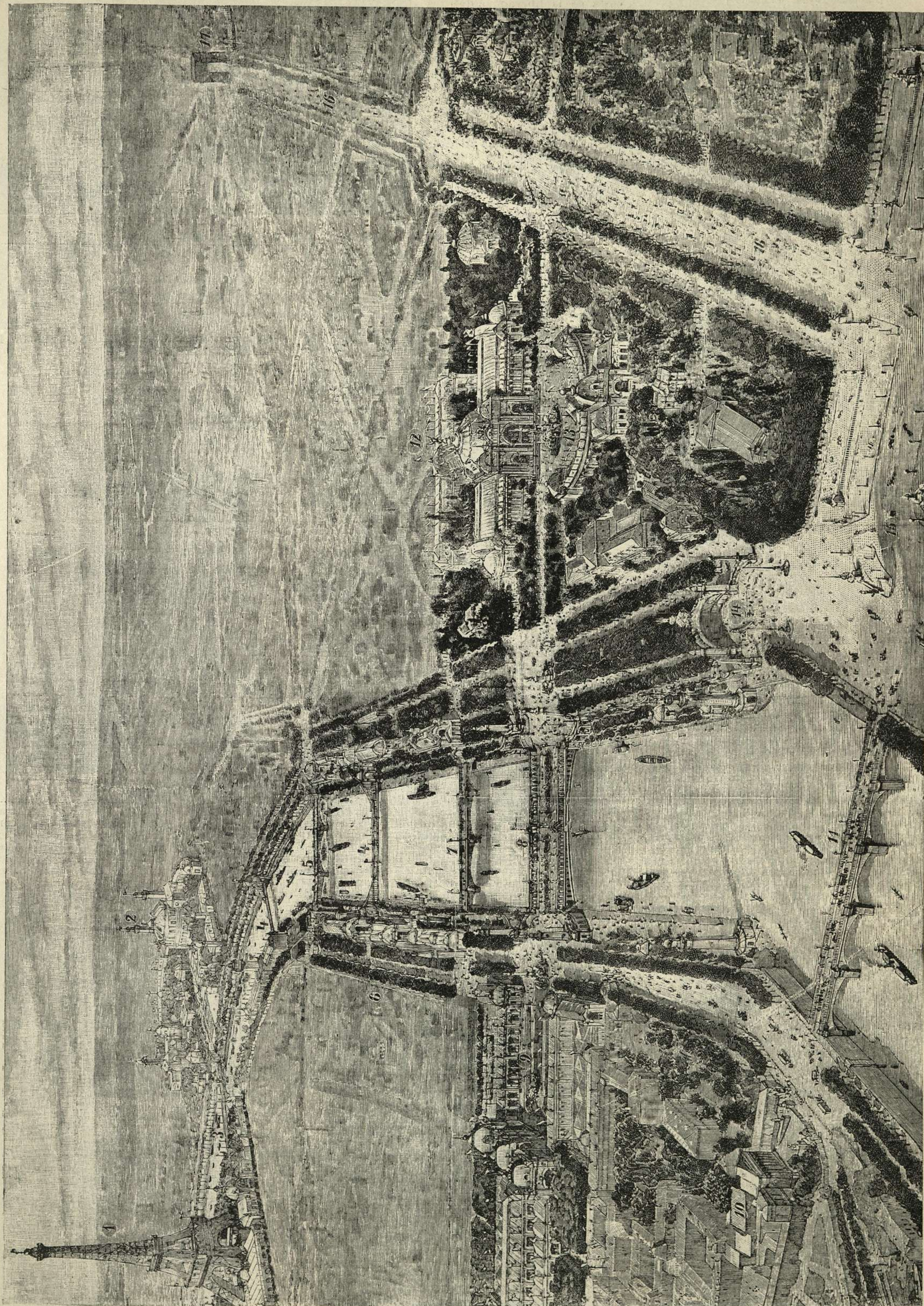




EL MANICOMIO GENERAL



Vista á vuelo de pájaro del lugar que ocupará la Exposición de París.



- 1. Torre Eiffel. 2. Tiocadero. 3. Puente de Jena. 4. Puente Provisional. 5. Puente de Alma. 6. Pabellón Alemán. 7. Puente de los Inválidos. 8. Puente de Alejandro III. 9. Esplanada de los Inválidos. 10. Cámara de Diputados.
- 11. Puente de la Concordia. 12. Gran Palacio del Arte. 13. Pequeño Palacio del Arte. 14. Entrada Principal. 15. Plaza de la Concordia. 16. Campos Elíscos. 17. Arco de triunfo.



# LOS DORMILONES.

[Instantáneas para "El Mundo"]

Para el que duerme en una cama es muy difícil comprender la vida de esos pobres diablos que se albergan de noche en el umbral de alguna iglesia, sin perjuicio de pasar el día dormitando en las bancas de los paseos.



El sueño de la madrugada. [en la iglesia]

¿Quién pára mientes en esos grupos nómadas, tan pintorescos,—sin dejar de ser repugnantes,—de hombres sucios y valetudinarios que cabecean en el atrio de la Catedral desde las ocho de la mañana, con el rostro oculto tras de un periódico que no leen?

Entre los sempiternos ocupantes de las bancas de la Alameda ó del Zócalo, es difícil adivinar quiénes son los que duermen allí por vicio y los que lo hacen por necesidad y á falta de otro alojamiento.

¿Hay realmente hombres sin hogar, aún en el sentido estrecho que tiene la palabra cuando se aplica al miserable cuartucho de un hotel de infimo orden? No somos moralistas, y como nuestro papel se limita á fotografiar tipos callejeros de dormilones, diremos,—con gran asombro de los que viven normalmente, alojados en una casa con su correspondiente dormitorio,—que el número de los noctívagos es infinito.

Este es un trasnochador empecatado que no sabría acomodarse con el hábito de dormir dentro de las cuatro paredes de una pacífica vivienda. Le horroriza el trabajo, desde niño salió expulsado de su casa y como nunca ha tenido obligaciones que cumplir, pasa los días Dios sabe donde, se alimenta con lo que le

dan aquí y allá, se viste de deshechos y la noche.....¡oh la noche del vagabundo! De cantina en cantina, embriagándose á costa de la liberalidad de otros ebrios, hasta que lo sorprende la mañana tomando hojas en algún terdajón. No bien llaman á primera misa y el sacristán, tambaleándose de sueño, abre las puertas de la iglesia, se cuele de rondón como en su casa para dormir allí todo el tiempo que se lo permitan los fieles escandalizados.

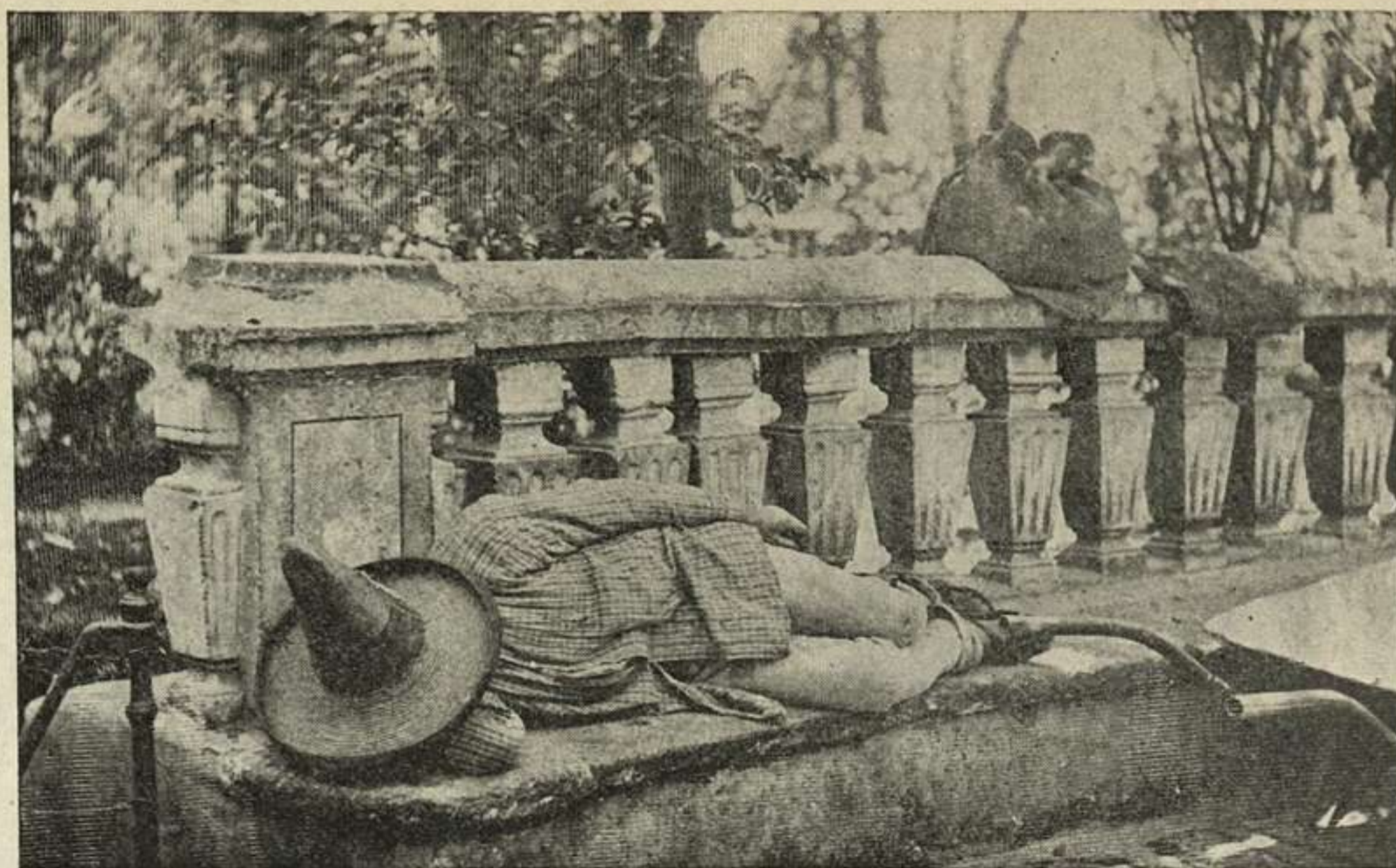
Con la cabeza hecha un cántaro de grillos, sale del templo y en pleno día, en la banca caldeada á los rayos del sol de las once, sigue durmiendo sin curarse de la gente que pasa y tropieza con sus piés extendidos, ni de los pilluelos que no pudiendo robarlo se divierten á su costa.

Entre este vicioso cuya inútil existencia debía barrer la policía, como un desperdicio, y el honrado jornalero que sale de su casa al amanecer y se afana durante seis horas por vencer media tarea, hay un abismo. El terracero municipal, empleado en alguna calzada, duerme á las doce del día, sobre la banca de piedra ó en la espuerta. La diferencia de actitud acusa la diferencia de vida y el distinto grado de moralidad: el borrachín duerme sentado, temeroso de que la policía lo arroje de la ciudad ó de que algún vecino le diga: "ea, amigo, ocupa usted de masiado sitio;" el trabajador por el contrario, aprovecha la hora de libertad que le dejan y se tiende á dormir, tranquilo como el que ha ganado el pan que digiere y el reposo que disfruta.

A dos pasos de allí, esperando la salida de los albañiles de la obra, está la hija del peón..... Desde Tepito ha venido con la canasta de la comida y como se anticipó mucho, mientras espera á su padre se ha dormido en la acera. Pobre chiquilla, no sabe que al despertar la aguarda un buen regaño del albañil. Mientras dormía, un can hambriento, dió cuenta con la magra pitanza del infeliz peón que pasará el día sin más alimento que las hojas de anís de la madrugada.

Los que viven en medio de los ruidos populares son así. No conocen ese supremo refinamiento del insomnio, lote del intelectual para quien ni una cama suavísima, ni el silencio de las altas horas nocturnas son parte á desterrar preocupaciones y provocar el reposo del espíritu, tan caro á los que buscan en vano las delicias de un momentáneo *no ser*.

Ved á ese cochero que tiene su puesto en el sitio de la esquina. En las tardes bochornosas del verano dormita en el pescante, bajo un sol que le freiría los sesos si los tuviera. El lado de la sombra es el de la tranvía, y para dar paso á las *corridas*, pasa las horas que lo detiene su *carga*, sudando á chorros, sin más amparo contra el sol canicular que el sombrero que le tapa los ojos. Duerme feliz como si fuera el diputado aquel que pasa tendido en el fondo de su landau de suaves movimientos, iniciando su plácida siesta que irá á continuar en la curul arrullado por la monótona canción de los secretarios.



La siesta en el Paseo.

No son estos los únicos que se duermen en el despenapeño de su oficio: el billettero apoya la espalda en la esquina, levanta un pié á la altura del guardacantón y dormita, soñando que se le quedó el número del premio gordo y que ha comprado un magnífico colchón de plumas.

Del sueño como de todo lo que por algún lado que se mire constituye un placer para el hombre, puede



Esperando al albañil.

decirse que satisface mas, en tanto que importa una transgresión. Sin llegar al caso extremo del centinela que se duerme en una guardia frente al enemigo,—heroísmo supremo de la pereza,—señalemos con el dedo al Secretario particular que aprovecha las ausencias del Señor Gobernador para abandonarse á la



El sueño del medio día. [en el átrio].



Donde dejó la carga.



Mientras se vende el de los \$10,000.





Entre dos acuerdos.

sabrosísima, audazmente consumada contra el dómine regañón y brutal. Un libro delante para ocultar el rostro y á dormir... y si por mal de nuestros pecados, el magister descubre la trampa; que importa una hora de calabozo á cambio de un minuto de sueño! Pero el peligro no está en la vigilancia del maestro; á cada lado hay un rapaz que despierta al dormilón, ya colocando un cerillo debajo de los piés, ya metiéndole en las ventanas de la nariz un papelito.

Es más fácil dormir en la calle que en una escuela. Los pobres pilluelos sin hogar lo saben y cuando se echan en el quicio de una puerta, no envidian al niño mimado de buena familia que ha intentado inútilmente obsequiarse con media hora de sueño en la banca del colegio.

Los que tienen satisfechas todas sus necesidades, envidian á esos pobres diablos, hombres ó perros, que gustan sibiricamente de un mendrugo ó de una noche de descanso á la intemperie.

Ley dura, ley terrible para los que todo lo tienen, no desear nada, digo mal, desear sólo tener un deseo, como aquel personaje de los Gouncourt.

Yo por mi parte, en mis noches insomnes, he contemplado melancólicamente desde mi tibia habitación, al perrillo canijo que se forma una alcoba, allí en la puerta de la casa vecina.



En pleno sol.

para vivir en armonía con las leyes morales hay que trabajar y ser útil á los demás.

El renegado de la vida social es una excepción que explican suficientemente la pereza, el vicio, el cretinismo; pero el perro que abandona á los amos que lo miman es un desequilibrado incomprendible. ¿Qué se le exige? Nada, fidelidad y reposo.

Eso es precisamente lo que no quiere: nació aventurero y come con más gusto el pan precario del hur-

dulzura de una siestecita furtiva. Esos cinco minutos de descanso valen para él más que sus nocturnas calaveradas; cinco minutos nada más, al cabo de los cuales volverá á su tarea tan fresco y campante. Primero oye la música de algún moscardón que revolotea sobre su cabeza, y en la estancia vecina, la voz de su principal ocupado en dar una audiencia extraordinaria; luego, los sonidos se apagan. El espíritu de un hombre que descansa parece ciego y sordo á todo lo exterior; pero no, hay algo en nosotros que vela mientras aparentamos dormir: el chirrido de un sillón, una puerta que se abre, unos pasos que van aproximándose, y cuando entra el Señor Gobernador, su Secretario está erguido, dispuesto á reanudar la tarea.

Pero no sólo el que está rendido por trabajos físicos exorbitantes ó por continuas fatigas goza subrepticamente del sueño prohibido en horas de actividad. Se comprende que los impedidos de dormir en su casa la hagan fuera; pero aquella santa señora... A las tres de la tarde se encamina á la iglesia, ocupa su sitio favorito y empiezan á luchar en su ser inútil y quebrantado la piedad alada que busca espacios azules á través de los ventanales de la cúpula y el fatigoso martilleo de la pereza, — esa pereza que momifica las almas en los rincones polvosos y grises donde la oración se convierte en cadena de rezos mecánicos y somnolentos.

Para el que en medio de los campos silenciosos, duerme entre arrullos de tórtolas y rumores de follaje, el sueño tiene un sabor de égloga. Dormir á la sombra de un árbol; ese sueño es al descanso reglamentario lo que es un festín pindárico á los banquetes oficiales... con brindis á la hora del Champagne.

El que ha pisado las aulas infantiles en tiempos de palmeta y "Amigo de los niños" recuerda el valor que tiene para los que saben emprender la vida, la siesta



Clase de escritura.

He sentido tentaciones de seguir sus pasos, y en sus inciertas odiseas nocturnas, creo sorprender algo así como una vaga aspiración semejante á las que agitan el espíritu de los desheredados que á falta de otra diversión de más substancia entretienen sus noches inútiles imaginando baladas á la luna, entre las umbrosas avenidas de los parques.

Misteriosa existencia la del can vagabundo...

Y poética ¿por qué no ha de haber poetas en la raza canina?

Algunos conozco yo que como el borrachín que arrastra sus guñapos y su depravación en figuras de mala nota, prefieren á los mimos de una señorita romántica la escamocha de los mercados y las inclemencias de la vía pública.

Perros calaveras, impenitentes viciosos ó locos tal vez, poseídos de un delirio de ambulatorio, que los empuja lejos de los hogares calientes y de los afectos abrigadores

En los hombres me explico el capricho divagador;



Por falta de marchantes.

to que la abundante ración doméstica. ¿Qué no existen seres así en la especie canina? Alguien que los conoce, asegura en gruesos infolios que no es el hombre el único ser dotado tan pródigamente de instintos absurdos.

Consuélnense los excépticos de la humanidad. El perro, el animal, elegido como término de comparación cuando hablamos de virtudes, tiene tantos vicios como el hombre, y de los peores.



A la hora de coro.



Donde se puede.....



## LOS FUNERALES DE LA EMPERATRIZ DE AUSTRIA

La mañana del 14 de Septiembre salió de Ginebra el cadáver de la Emperatriz; colocado el féretro en una sencilla carroza fúnebre, de la que tiraban cuatro caballos, se dirigió el cortejo á la Estación de Cornavin en medio de una multitud aglomerada en las aceras.

Un grupo de damas ginebrinas dirigió al Emperador Francisco José una carta en la que las signatarias le manifestaban sus sentimientos de reprobación por el crimen y deploraban la afrenta hecha á la ciudad de Ginebra al elegirla como teatro de un acto tan infame. Adjuntaban á la carta una corona destinada al catafalco de la Emperatriz.

El tren fúnebre, compuesto de seis vagones, atravesó el territorio suizo en toda su longitud desde Ginebra hasta Bascha, pasando por Lauzanne, Friburgo, Berna, Olten, Aarau y Zurich.

El día 15 á las diez de la noche llegó á Viena el cuerpo de la Emperatriz: la estación del Oeste estaba empavesada de negro.

El clero del palacio recibió el cadáver. El féretro que lo contenía fué colocado en un carro tirado por seis caballos negros, conducidos por un cochero y tres lacayos de librea y llevando por escolta un piquete de infantería, un escuadrón de caballería y un destacamento de guardias palatinos. Un grupo de lacayos á caballo precedían el convoy, llevando linternas encendidas. En el trayecto la guarnición de Viena formó valla presentando las armas.

El cortejo fué recibido en la Hofburg por el cura de la parroquia y sus vicarios, y en seguida acompañaron al féretro á la iglesia de palacio ocho pajes con cirios, doce guardias austriacos y húngaros y diez y seis dragones á pié. Seguían el gran Maestro de la Corte, el gran Maestro y la Gran Dama del palacio de la Emperatriz, dos de sus damas de honor y dos chambelanes.

Depositado el ataúd sobre un catafalco, el Gran Maestro de la Corte de la Emperatriz entregó las llaves que guardan el cadáver al gran Maestro de la Corte; procedióse á la bendición cuyas oraciones pronuncia el clero y después de cerrar la iglesia se retiró todo el mundo.

A las diez de la mañana del día siguiente los habitantes de Viena se dirigen en masa á las calles por las que debe pasar el cortejo. El *Ring* tiene un aspecto particular é imponente: los mástiles elevados hace algunos días en señal de alegría, para celebrar las fiestas del jubileo, están cubiertos de crespones y de cada uno de ellos cuelga una bandera negra.

El carro fúnebre es magnífico, rematado por una coron imperial á la que rodea una galería formada de águilas de cuyos picos penden pasamanerías negras. A ambos lados del carro caminan los guardias del palacio, de gran uniforme: detrás, los arrogantes guardias alemanes y húngaros y los usares rojos.

A las once el cortejo trasponía la puerta exterior de la Hofburg y algunos minutos después, el cadáver de Isabel Emperatriz de Austria, descansaba en la capilla del palacio.

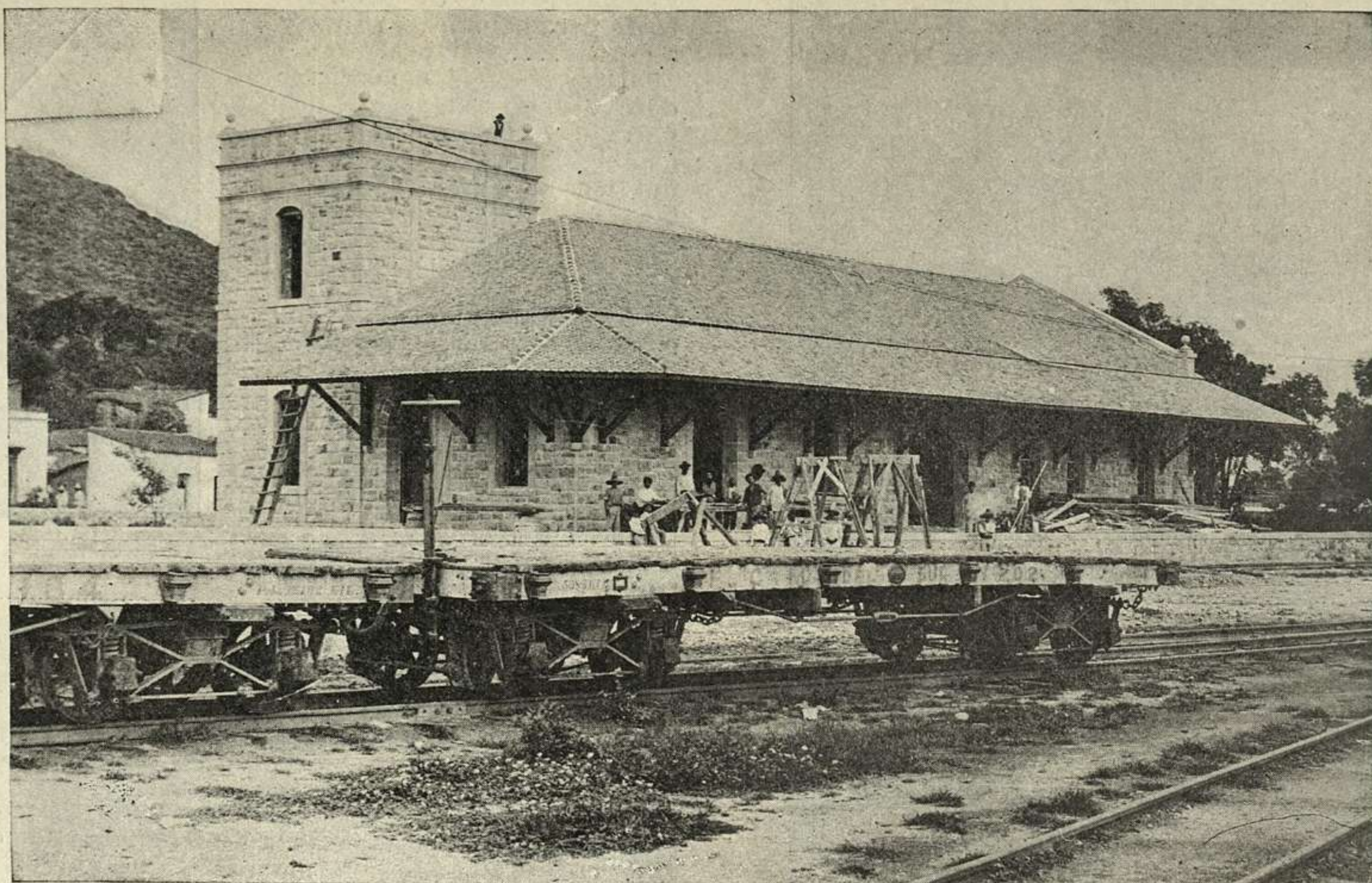
Durante el día 16 todo Viena desfiló ante el catafalco de la Emperatriz; el 17, día señalado para la ceremonia fúnebre, una multitud inmensa invadía desde que amaneció, las calles que debía atravesar el cortejo.

El Emperador Guillermo llegó á la una de la tarde y fué recibido en la estación por Francisco José. Colocó dos coronas magníficas sobre el ataúd, una en su nombre y otra por la Emperatriz de Alemania.

A las cuatro menos cinco minutos, las campanas de la parroquia de la corte iniciaron el doble y todas las demás de la capital de Austria contestaron. En medio del más profundo silencio y de la emoción general avanzó el fúnebre convoy; todos se descubrían piadosamente.

La ceremonia de la iglesia de los Capuchinos duró cuarenta minutos y terminada la bendición, el ataúd

## ESTACION DEL FERROCARRIL DEL SUR EN OAXACA



Vista del andén.

seguido por el Emperador únicamente, descendió á la cripta, entregándose las llaves al Padre Abad de los Capuchinos.

Entró entonces el Emperador á la iglesia de donde salió á poco para volver á la Hofburg, acompañado por el Emperador Guillermo. La ceremonia había concluido y todavía durante una hora llenó las calles un verdadero torbellino de uniformes multicolores: oficiales extranjeros, generales húngaros, magnates, eclesiásticos con sotanas violetas....

## EL COMANDANTE MARCHAND

*Vida y aventuras de un explorador africano.*

Cuando Marchand tenía diez y ocho años, era un jovencuelo fiaco, de miradas dulces, que no se asociaba á los placeres ruidosos de sus camaradas. No era expansivo; leía mucho, siempre estaba leyendo.

Sus padres querían hacerlo notario... Así es que de acuerdo con la voluntad paterna, al terminar sus estudios entró el joven Marchand á la oficina de un notario y se dedicó á copiar escrituras.

Sin embargo, el joven escribano soñaba.... No lo calentaba el fuego sacro que inspira á los depositarios de la fé pública. Apenas se veía libre de sus tareas, se iba con un libro en la mano á vagar por las llanuras de Bresse.

\*\*

—Quisiera ir á las colonias, decía Marchand á sus compañeros de lo que el llamaba: "presidio notarial." Era el tiempo en que los periódicos y las revistas referían las proezas africanas del marino Brazza.

Marchand con la obsesión que hace á los locos y á los heroes quería conocer el continente negro: no pudo resistir, y antes de la época de la conscripción, se alistó en la infantería de marina.

Entonces comenzaron los largos años de trabajo obscuro y apasionado, de travesías, de residencia en

lugares remotos. Tenía 24 años en 1887 y era subteniente.

Destinado al Sudán como miembro de una colonia expedicionaria, combatió y fué nombrado Caballero de la Legión de Honor, á los veintiseis años, por una acción extraordinaria: á la cabeza de su compañía, tomó un fuerte guaruecido por millares de negros; en medio de la refriega recibió una herida en la cabeza, pero no abandonó el campo sino hasta que tomó el punto.

Después hizo viajes de exploración en el Níger. Con el grado de Teniente y bajo las órdenes del Coronel Archinard hizo la célebre campaña contra Ahmadon en la que fué gravemente herido. Peleó después contra las tropas de Samory, hizo nuevas exploraciones y á fines de 1892, volvió á Francia con el grado de Capitán. A los seis meses, el Capitán Marchand fué encargado de una expedición contra los Estados de Thiesalé, los conquistó en algunas semanas, después de dos combates sangrientos, diez escaramuzas y la toma por asalto de la capital.

Nuevos viajes de exploración y segundo regreso á la patria en 1895. Ese año fué premiado con el nombramiento de Oficial de la Legión de Honor.

## LA NUEVA ESTACION DEL FERROCARRIL EN OAXACA.

Por lo que puede juzgarse de la apariencia de los grabados y teniendo en cuenta los datos que se sirvió suministrarnos el Sr. Walter Moscow, Gerente General del Ferrocarril Mexicano del Sur, el aspecto de la nueva estación de Oaxaca es agradable, y la construcción del edificio difiere de los de su especie, tanto por los materiales utilizados, como por la distribución que se ha dado á las oficinas.

Uno de nuestros grabados representa el andén de pasajeros paralelamente al cual se halla la vía por donde deben entrar los coches del ferrocarril.

Toda la extensión de ese andén está cubierta por un techo de fierro y tejas rojizas, que viene siendo una prolongación del techo general que descansa sobre los muros que limitan el salón de espera y venta de boletos. A la izquierda del expresado salón, se levanta una torrecilla de dos pisos, de sencillo aspecto, situada frente al cerro del Fortín que se destaca en el centro del Marquesado.

Tres grandes puertas dan acceso al salón y una serie de ventanillas angostas dejan penetrar la luz. Al frente del andén se ven tres plataformas colocadas sobre la vía principal, cercana á la de escape que está sobre la derecha.

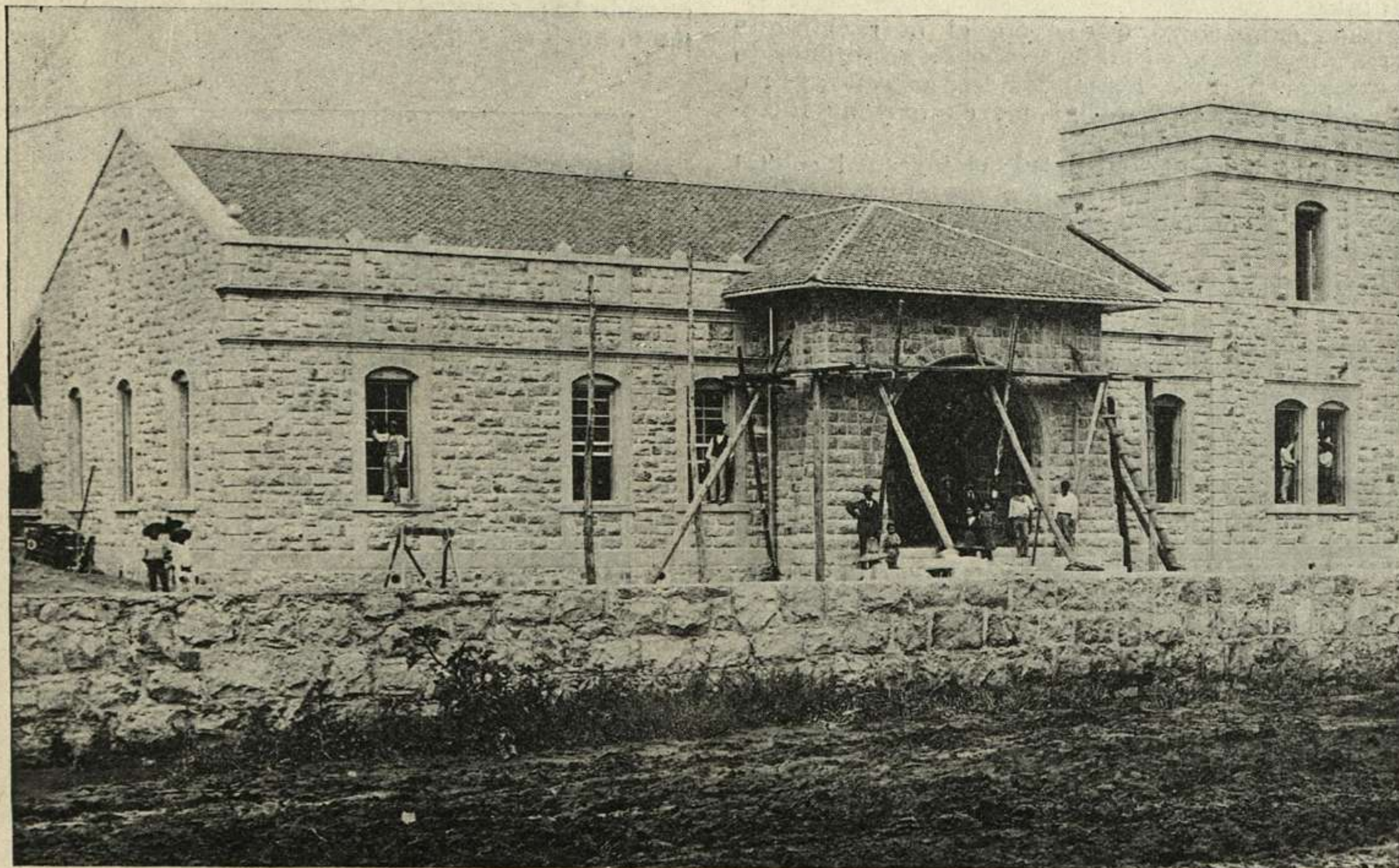
El otro grabado representa el mismo edificio por el lado que da al camino real; en el centro queda la puerta de entrada principal para el público, á la derecha la torrecilla y á la izquierda las tres ventanillas correspondientes á las que en el costado opuesto hay en el mismo muro. Obsérvase que la puerta principal está formada por un pórtico saliente de recios muros rematados por un cobertizo de fierro y tejado rojo.

Todo el edificio está hecho con canteras verde claro y sus cornizas, marcos y adornos, son de piedra rosada, preciosa combinación de colores que produce un hermoso efecto desde lejos. Dirigió la construcción el Ingeniero de la Compañía Ferrocarrilera, Sr. T. A. Coroy, según los planos del Sr. C. S. Hall.

La nueva estación se levanta á un lado de la antigua, en terrenos del Marquesado y cercana á la vía de los ferrocarriles urbanos de la ciudad de Oaxaca. Al presente se halla casi concluida la obra material, faltando solamente los detalles poco importantes del exterior y la colocación del sencillo y elegante mobiliario en el interior de las oficinas de Express, Pasajes, Equipaje y Salón de espera.

La bodega ó estación de carga quedará á un lado de la de pasajeros que acabamos de describir.

## ESTACION DEL FERROCARRIL DEL SUR EN OAXACA.



Vista del lado del camino real.



## ABNEGACION.

Al cumplir diez y seis años Eugenia Martín, salió de su aldea de Bretaña para trasladarse á París á una casa donde una hermana de su padre, la vieja María, estaba sirviendo desde hacía más de doce años.

Obligada por su edad al descanso, deseaba que su sobrina le sucediera en el puesto que había venido desempeñando, y para conseguirlo había hecho de ella á la Señora Heurtaut, su ama, las más calurosas recomendaciones aun que casi no la conocía

Al dar vuelta á una esquina, la tía dijo:

—Esta es nuestra casa, ya verás qué tranquila.

La casa era antigua, de aspecto solemne y frío como convento de provincia. En cada piso, cortinas blancas cubrían con el mismo cuidado las dobles vidrieras de las altas ventanas, evitando que la curiosidad exterior penetrara á los departamentos, y se veía al lado de las rejas de hierro forjado, figuras esculpidas en los marcos de piedra, tristes, grises y melancólicas.



Tan pronto como Eugenia recibió la carta en que su tía la llamaba, se embarcó dócilmente y con el corazón conmovido, llevando todo su equipaje en un cesto del que no se quiso desprender en todo el camino, y mientras duró el viaje le parecía estar soñando y le zumbaban en la cabeza torbellinos de ideas complicadas con el ruido del ferrocarril.

Algo como un estupor indefinido se pintaba en sus ojos grises, llenos todavía con los recuerdos de cuanto acababa de dejar, y vibraban aún en sus oídos las campanas de la aldea que tocaban el Angelus en los momentos en que por la última vez pasó frente á la parroquia.

La última cara amiga de que conservaba memoria, era la del chiquillo que le trajo en su carreta hasta la estación y le dijo al despedirse:

—¡Despabilate, Eugenia, y procura hacer fortuna en tu París!

Ahora en torno suyo no había más que gentes desconocidas y se sentía muy sola en medio de tantas gentes. De repente oyó decir: "París" y descendió desvanecida entre la multitud atareada, que la empujaba de aquí para allá sin cuidarse de ella en lo más mínimo.

Al fin oyó que la llamaban por su nombre y vio venir á una viejecita amarilla y seca, reluciente como un objeto nuevo que le dió repetidos besos en ambas mejillas; y entonces muda y conmovida, se dejó conducir á un tranvía que lleno de viajeros, estaba á punto de partir.

Por el camino, su tía le hablaba mucho, pero aturrida por el ruido de las calles, ella no oyó más que "la Señora la estaba esperando" y por esto sentía un secreto temor de no ser del agrado de "la señora."

Su angustia se acentuó al penetrar en la Isla de S. Luis tan tranquila por las tardes. Ni un carruaje recorría la extensa calle alargada por la perspectiva del río y de los puentes; grupos de chiquillos jugaban en las aceras ó se perseguían gritando, y el campanario de la iglesia alzaba su flecha dorada entre la bruma sonrosada del crepúsculo.

Con emoción religiosa temblaba Eugenia, cuando en pos de su tía subió por la ancha escalera, y el pensamiento entonces de la "señora," le atravesó como un puñal el corazón.

Precedida por María entró á un departamento del segundo piso y llegó por fin al gran aposento en donde la señora Heurtaut la aguardaba sentada en un sillón. Era esta una mujer de cincuenta años, alta y descarnada con ojos incoloros y boca desdenosa, que vestía traje muy amplio y se cubría con una toca de punto de Chantilly.

Cerró el libro que había estado leyendo y se puso á observar á Eugenia. La cofia blanca bretona de la joven, le pareció de un efecto deplorable y dijo con voz doliente:

—¡Qué tocado tan feo! Pero usted parece dulce, hija mía, y aquí será necesario serlo y sobre todo no hacer ruido nunca porque yo sufro mucho de los

nervios. Será usted obediente ¿no es así? María estará aquí unos ocho días todavía para poner á usted al corriente del servicio.

Como la voz con que fué dicho esto no era repulsiva, Eugenia se tranquilizó y aún se atrevió á dirigir los ojos á su ama y vio que ésta al hablar, mostraba unos dientes muy largos y muy amarillos.

La tía la condujo á la cocina, que le pareció pequeñísima en comparación de las de la aldea. El aire húmedo del patio entraba por la ventana y un último rayo del sol flameaba sobre el cobre de las cacerolas.

—Aquí, hijita, si eres razonable, vas á ser feliz, yo te lo digo. La señora es buena pero muy cuidadosa de sus intereses, el señor no se mete en nada, y con tal de que la comida esté lista á su hora, ya no pide más. Puedes hacer honradamente aquí tus pequeñas economías para el dote cuando te quieras casar. El señor y la señora tienen bienes y nada más que un hijo, el señorito León, muy simpático y muy afectuoso, que me quiere porque lo conocí desde pequeño. Ahora tiene sus quince años, está en el Liceo y viene aquí cada quince días. Cuando salga pasará á San Ciró á terminar sus estudios.

En ocho días Eugenia se puso al corriente del servicio y María se fué. La aldeana se acostumbraba pronto á poco á esta nueva vida y la atmósfera de la calle se hacía más soportable para su pecho. Gran trabajo costó hacerle abandonar la cofia bretona que desagradaba á su ama, y la primera vez que se vio sin ella, se ruborizó como si estuviera desnuda. Con el tiempo acabó por acostumbrarse también.

El segundo domingo que siguió á su entrada en la casa, hacía las diez de la mañana, el repiqueteo prolongado de la campanilla eléctrica, alborotó toda la casa. Espantada por este escándalo, Eugenia corrió á la puerta y se quedó inmóvil ante un colegial que la veía con ojos asombrados.

—¿Y mamá? le preguntó.

Y pasó junto á ella como un huracán, despertando todos los ecos dormidos en las paredes y sacudiendo ruidosamente todas las puertas en el arranque de su alegría.

Desde la cocina, Eugenia oía su voz que vibraba con armonías de campana y rí-a de cascabeles. Cuando puso la mesa y ya reunida toda la familia, oyó que la señora Heurtaut impotente ante este desbordamiento de juventud, decía con acento quejumbroso:

—Este muchacho no me tiene compasión. ¡Ay! mis pobres nervios!

El señor Heurtaut escuchaba á su hijo sonriendo, y habiendo éste preguntado quién era la que estaba sirviendo la mesa, le contestó:

—Es sobrina de nuestra vieja María.

Eugenia sintió que el joven la examinaba con ojos audaces y perdió la cabeza. Un rubor súbito le tiñó hasta la frente; en su turbación dejó caer las cucharas que llevaba en la mano y salió precipitadamente llena de angustia y desesperación como si le hubiera ocurrido una desgracia muy grande.

Desde ese instante ya no se atrevió á ver á León sino á hurtadillas, pues se sentía incapaz de soportar sin emoción la claridad de aquellos ojazos posados







sobre los suyos. Pero algo de esta luz, un rayo ténue le había penetrado incendiándole para siempre el corazón y se consagró á admirar y á amar á su joven amo con una especie de ardor devoto, subyugada por su desenvoltura y su elegancia de pollo presuntuoso y considerándolo como de una materia superior á la suya. Era la primera vez que veía á un muchacho de tan arrogante figura, de ojos burlescos, manos blancas y tez cuidada, y hasta el más leve gesto que hacía, le quedaba á ella como un recuerdo imborrable.

Pensaba en León á toda hora, inocentemente, con fervor, en un misterio profundo que nunca debía ser penetrado, y este germen de amor, se desarrolló en su humilde pureza de flor silvestre nacida á la sombra y que ninguna mariposa debía libar.

Corrió el tiempo. Pasados cuatro años, León salió del Liceo, entró á San Ciro y se convirtió en un militar desarrollado que llevaba el uniforme con gallardía. Seguía viniendo los domingos, pero sus visitas eran más cortas cada vez y Eugenia se entristecía de verlo serio y melancólico, pues recordaba los arrebatos de alegría que antes le eran comunes y sus carcajadas que llenaban la casa de alegría, mientras que ahora tenía un modo de emitir la voz que revelaba lasitud y fastidio.

Siempre cuidadoso de su persona, seguía fascinando á la criada que con precaución religiosa, procuraba apartarse de él, lo que á León nada le importaba, pues tenía para ella no más que la consideración indulgente que inspiran los objetos usuales de la casa.

Al llegar ó al irse decía con indiferencia: "Buenos días, Eugenia, ó adios Eugenia" sin pensar que estas palabras caían como maná de amor en un corazón ardiente y lo exaltaban disponiéndolo á todas las abnegaciones y á todos los sacrificios.

Cuando por las noches conversaban los amos, estando de sobremesa, Eugenia oía á la señora lamentarse con voz quejumbrosa de las faltas de León, de sus deslices con ciertas criaturas del barrio latino y de sus orgías en los restaurants nocturnos.

—Vamos, Clarisa, le decía el señor Heurtaut, tú exageras; todo lo tomas por el lado trágico..... Es preciso ser tolerante. . . Este mozuelo tiene veinte años. . . ya asentará la cabeza.

Y Eugenia, á quien la voz incisiva de "la señora" le desgarraba el alma, se sentía bruscamente reanimada y la tranquilidad renacía en ella al oír el tono bonachón y conciliador del anciano que, en su opinión, era un gran hombre. Además, en el fondo de su alma oscura, admiraba ella demasiado á León, para que pudieran parecerle viturables sus acciones, cualesquiera que fuesen, y para no creer que todo le estuviera permitido.

Por las noches, bajo el techo de su cuartucho, se entregaba libremente á pensar en León con ingénua ternura, desahogaba sin reserva su corazón y dejaba que se desbordara su peligroso secreto en tanto que la noche arrullaba la casa con su aterciopelado silencio. Paseándose por el reducido camarín, Eugenia reflexionaba como una obscada ó una ilusa. Muchas

veces imaginaba que él la estaba escuchando y como no tenía sér alguno á quien confiarle las alegrías ó las amarguras de su vida, poníase á contarle en dulce conversación interior, toda clase de pequeñeces; le hablaba de su país en el que pensaba sin cesar; de sus padres á quienes tan poco había conocido; de las miserias de su infancia y de las mil espinas de su existencia diaria. Cuando sufría algún grave disgusto, le suplicaba, imploraba su gracia cayendo á sus piés como la esclava cae á los de su señor ó el creyente á los de su Dios.

Sobre una repisa engalanada con un encaje de papel y dos ramas benditas de boj, Eugenia había puesto una imagen de yeso de la Santa Virgen, y encima, fija con dos clavos, una vieja y amarillenta fotografía que representaba un grupo de colegiales de pie en un jardín. Entre ellos se veía á León, de quince años, uniformado tal como ella lo vió por vez primera. Encontró este retrato caído detrás de algún mueble que removió para limpiarlo, y entonces lo recogió como un tesoro: único latrocinio que ella se permitió cometer en aquella casa y que la fuerza de su amor excusaba.

Todas las noches, al meterse en su frío y duro camastro, á la luz vacilante y débil de la lamparilla que humeaba y envenenaba el aire con su hedor á petróleo, contemplaba largo rato con piadoso recogimiento, más el retrato que la imagen y luego se dormía llorando y rogando á la Virgen por el joven para que le protegiese.

Gran dicha fué para ella la propuesta de M. Heurtaut, quien para entretener sus ocios, ofreció enseñarla á leer. Mucho tiempo hacía que ella se avergonzaba de su ignorancia y el pensar que instruyéndose podía agrandar á León, la hizo vencer sin pena

las dificultades de las primeras lecciones. Pronto fué para ella una costumbre levantar los manteles y asear su vajilla apresuradamente después de la comida, para irse á sentar de lado "del Señor" y ponerse empeñosamente descifrar las palabras que Heurtaut le señalaba con la punta de la uña perfectamente pulida y recortada. Mientras, "la Señora" inmóvil y tiesa en su sillón, escuchaba un poco y luego se adormecía arrullada por el lento murmurio de las voces. Aplióse con ardor á la escritura y pronto pudo enviar con sencilla vanidad que no ocultaba, cartas pasablemente escritas para maese Nigoulet, para la tía María, para un tío que habitaba del lado de Treguier y para el Señor Cura que le había dado allá su primera comunión.

Sus amos estaban contentísimos con ella, apreciaban su buena voluntad para servirlos y hasta la señora, no obstante su poca locuacidad, se extendía á decir:

—Es una buena muchacha, económica, prudente y naturalmente adicta.

Era justo porque Eugenia cuidaba de sus intereses como si fueran propios, defendiéndolos contra las rapiñas de los proveedores á fin de que aumentaran los ahorros que al cabo habían de ser para León.

Sucedía frecuentemente que la anciana señora se fastidiaba de estar sola y entonces la llamaba para que con su labor de costura, fuese á hacerle compañía, conversando entre tanto dulce y confiadamente en la serena paz de la casita.

La Heurtaut, llevada por su enfermedad de espíritu á atormentarse innecesariamente á propósito de todo, la decía:

—Hija mía, si usted quisiera separarse de nosotros, creo que tendría yo gran trabajo para poder reemplazarla.

Y seguidamente poníase á hacerle á Eugenia insidiosas preguntas que ésta escuchaba sorprendida, para saber si por casualidad no pensaba todavía en casarse ó si algún obrero de la vecindad le hacía la corte.

Eugenia, bastante confusa le aseguraba que ni una ni otra cosa sucedían, y que ella no quería separarse por nada; y no osaba confiarle que el lechero la molestaba bastante con su manera de verla, guiñando los ojos y de hablarla aproximándose demasiado, cosas en que persistía desde hacía algún tiempo.

Era este lechero un mocetón sólido y de aires vigorosos, de abierta y jovial fisonomía, siempre sonriente, á quien ella encontraba cada vez que iba á buscar la leche á la hora de la ordeña.

Para ella era un gran placer ir al establo donde todos aquellos olores propios del sitio le despertaban recuerdos de su país; gustábale aspirar aquellas rústicas y desapacibles emanaciones y acariciar á las vacas que volvían hacia ella sus grandes ojos asombrados y le lamian las manos con su lengua áspera y húmeda.

Detrás de ella llegaba el mocetón Guillermo, con la blusa azul entreabierta, dejando ver un pecho be-





lludo y dos brazos musculosos que salían de las mangas arremangadas y llevando un escabel bajito y un gran bocal de hoja de lata que hacía sonar estrepitosamente. Con su voz gruesa y alegre saludábase con un: "He aquí á la gris; he aquí á la Normanda!"

Empujada por el mocetón, levantábase la vaca lentamente de su cama de grosera paja y presentaba sus tetas henchidas. Eugenia se aproximaba con su jarra para coger la leche más caliente y acordándose de las costumbres de su niñez, seguía con cuidado la manobra hábil y ligera del ordeñador, mientras la leche caía rápidamente, salpicando de gotitas blancas las paredes del bocal y llenándolo de fina espuma nevada.

Animado por su atención, Guillermo se habituó á darle conversación y de ella resultó que él había vivido largo tiempo en Bretaña donde aún tenía parientes. Eugenia se familiarizó más con esta circunstancia y al fin ambos hablaron de su país, de sus familias y de las cosechas, según se presentaban.

Guillermo decía frecuentemente:

—¡Oh, yo quiero volver á nuestra tierra; volveré un día ú otro... alquilaré una quesería y seré el dueño en mi casa.

Y entonces veía á la joven con una sonrisa entre maliciosa y tierna que parecía traicionar misteriosos propósitos.

Ella suspiraba sin responder, con un aire resignado, en tanto que su pensamiento enternecido se iba allá al lejano rincón donde creció y donde tuvo sus primeros ensueños, en la campiña semi-salvaje barrida por el lejano soplo de la mar.

Esta camaradería se estrechaba cada día más y Guillermo se animaba, sus ojos brillaban cuando veía las mejillas frescas y sonrosadas de Eugenia, su alto seno y su talle esbelto y bien redondeado. Entonces le hablaba con más intimidad, contábale sonriendo cuentecillos y decíale bromas que la desconcertaban á veces, pero esto era una manera con que él quería manifestarle que la encontraba agradable, que la deseaba y que era su amigo sincero.

Un día que ella estaba de pié tras de él en espera de que ordeñara una gorda vaca blanca que masticaba perezosamente un resto de su heno fresco y oloroso, él se volvió bruscamente con resolución y atacó la cuestión un poco conmovido:

—Pues bien, el tiempo se me hace muy pesado... ¿Sabe usted, Eugenia...? me marchó á la tierra.....

Únicamente que..... es necesario que me acompañe una mujer... una muchacha honrada que me quiera..... tengo algunas economías.... yo trabajaré mucho y..... podríamos ser felices..... ¿Verdad?.....

El se calló, asustado por lo que había dicho y esperó con las manos temblorosas y ordeñando aprisa, aprisa.....

Eugenia no contestaba nada, instintivamente inquieta, pero sin comprender lo que él había querido decirle.

Por fin él se resolvió á preguntar tartamudeando:

—En fin..... ¿esto es hecho?..... he aquí mi mano.....

Eugenia consternada, aturdida por la sorpresa y conmovida por la sinceridad del afecto que revelaba la voz del pobre mocetón, se puso á balbutir excusas:

—Usted es muy honrado, y yo agradezco..... pero..... pero..... no puedo, no puedo!

El insistió sorprendido y descontento:

—Pero, ¿por qué?

Las ideas se confundían en la mente de Eugenia y no sabía que responder, porque tampoco quería fenderlo, al contrario, le apenaba el pesar que iba á causarle. Por fin, encontró una frase:

—Es por la señora..... por ella solamente..... me apena dejarla.....

Y buscaba una salida, sus ojos espantados giraban y veían á lo lejos la calle; de pronto tomó su partido, dejó á Guillermo asombrado y partió lanzándose casi á la carrera sin volver los ojos.

El día siguiente, fué domingo, y Eugenia, al regresar del templo, encontró á la señora Heurtaut con semblante grave y contrariado.

—Hija mía, sea usted franca, le dijo la vieja dama; acaba de verme un joven que desea casarse con usted y quiere saber si usted consiente. Yo no tengo nada que objetar; usted es libre.

¿Quiere usted dejarnos? En fin, cuáles son sus intenciones?

Eugenia escondió la cara entre sus manos y una tempestad de sollozos se escapó de su pecho; entre sus gemidos murmuraba: ¡Dios mío, oh! Dios mío! como si la mayor desgracia la hubiese herido.

La señora, cuyos nervios se crispaban con aquel llanto, preguntó impacientada:

—Por fin ¿quiere usted casarse ó no?

Eugenia sacudió enérgicamente la cabeza, con desesperada negación, y la señora, tranquilizada, la despidió con una fría caricia, quedando singularmente fastidiada y sorprendida de aquella crisis.

Eugenia, una vez en su cuarto, lloró sin consuelo durante aquella noche y abrió su corazón ante el retrato y la Virgen, confiándose su inmenso amor con frases cortadas é incoherentes.

—¡Dios mío, cuánto lo adoro!... jamás podría vivir al lado de otro..... me siento suya para siempre, aunque él no me quiera, le pertenezco como un perro fiel... sin esperar nada y siempre lo amaré.... No deseo más que verlo dichoso.... no sentiré odio si sé que ama otra, al contrario, la querré y la querré bien puesto que él la quiere....

En la siguiente primavera la señora cuyo estado nervioso no mejoraba, hizo á su hijo tales escenas, que éste desertó de la casa durante un mes; pero tales serían las plegarias de Eugenia, que León reapareció con una sonrisa menos obligada que antes.

Las relaciones de hijo y madre continuaron difíciles, y sus entrevistas eran penosas. La anciana, implacable y fría, sentía hervir las amarguras de madre despojada y vislumbraba tras de su hijo á la otra á esa que arranca á los hijos del regazo materno. Pero la benevolencia tranquila de Heurtaut que fingía no penetrarse del hielo de la atmósfera ayudaba á que se mantuviera la situación.

Hubo una tregua cuando al salir de San Ciro con sus galones de Subteniente, vino León á anunciar que iba de guarnición al Mediodía. La tarde que partió oyó Eugenia que la Señora dijo suspirando, a su marido.

—Y á pesar de todo se la lleva.

El anciano hizo un gesto como diciendo. "¿Y qué quieres? Nada podemos hacer para evitarlo."

Eugenia, sangrándole el corazón pensaba en esa mujer que iba con él á partir su vida, á vivir á la luz de sus ojos. ¡Hacia bien! ¿Quién podía abandonarlo?

Pero desde entonces algo negro la envolvió y empezó á entristecerse de tal modo que tenía siempre el aspecto embozado de las gentes que tienen su cerebro vacío.



En tres años León no apareció más que dos veces por la casa y cuando Eugenia lo volvió á ver palpó con emoción celeste. Durante los primeros días vivió el pobre en una atmósfera quimérica, flotando con el vértigo de la felicidad y ni siquiera dormía por las noches para tener más tiempo de pensar en él.

Tanta amargura había derramado en sus lágrimas, tanto había implorado al dispensador de todos los bienes, que su misericordia descendió al fin sobre ella y la dichallegaba de improviso y en inesperada forma.

León había vuelto á vivir á su casa. A las nueve le llevaba el desayuno, y los objetos de que para ello se servía le parecían como sagrados. La vista de la taza en que él posaba sus labios para beber la penetraba de una emoción dulce y la conservaba sintiendo esa emoción todo el día.

Cuanto podía retardaba, para contemplar á León furtivamente, las pequeñas labores de arreglar su cuarto, abrir la ventana y prepararle el agua para sus abluciones, pero le causaba siempre admiración la perpetua melancolía de las miradas de su amado. No es feliz, se decía, y rogaba á la Virgen todas las noches y todas las mañanas que lo bendijera y se dignara enviarle todas las venturas del mundo.

Eugenia acabó por sospechar que esas tristezas le venían del empeño que tenía la señora en casarlo con una mujer del agrado de ella, pues la lucha entre madre é hijo continuaba sorda con gran dolor para el señor Heurtaut á quien su mujer exhortaba para que interpusiera en el caso su autoridad paterna.

Una mañana, en los momentos en que Eugenia iba

á salir del aposento de León después de servirle el desayuno, éste la detuvo con una frase:

—Prepáreme usted la maleta, Eugenia, porque mañana me voy.

Ella no articuló una palabra, pero se quedó petrificada, mirando á León como un condenado á muerte ve al verdugo que le va á cortar la cabeza.

León la examinaba maquinalmente y de pronto pensó ante esta dócil, impenetrable y dulce figura de criada, en lo monótona que sería aquella existencia humilde que tenía, sin embargo, derecho á un rayo de felicidad.

Otras eran amadas, deseadas, solicitadas, en tanto que la infeliz no tenía nada, doblegada bajo el poder caprichoso de una ama que padecía crisis nerviosas.

Apiadado y curioso, dijo pues en voz alta quedando pendiente de la respuesta.

—¿Y se fastidia usted mucho aquí, Eugenia? No tiene nada de divertido vivir en esta casa.

Ella tembló al oír aquel acento bondadoso y respondió con voz balbuciente

—No, señor León, yo no me fastidio nunca.

Iba á agregar: porque lo adoro á usted y pensando en usted soy feliz, pero calló y bajó los ojos sintiéndose débil bajo el peso de aquel instante de dichas.

Siguiendo el impulso de piedad que le movió á dirigirla la palabra, León sacó de su portamonedas una pieza de oro y la dió á la joven diciéndole:

—Para que se compre usted un vestido.

Eugenia conservó después un recuerdo imborrable de este momento en que por primera y última vez León le manifestó sus simpatías.

Algunos meses después y á la hora en que los señores Heurtaut estaban de sobremesa recibieron un telegrama que el padre de León abrió temblando con el presentimiento de una mala noticia. Apenas hubo recorrido la primera línea dijo con angustia:

—Está enfermo, muy grave, quiere verme y que parta yo en seguida.

La madre lanzó un grito y cayó desvanecida. Eugenia se arrojó sobre su amo en un arrebato de desesperación, le tomó el telegrama y lo leyó pávida y abriendo desmesuradamente los ojos.

—Mi maleta, mi maleta pronto, dijo el anciano; y sin agregar una palabra, doblegado por la emoción salió de su casa y tomó el primer tren en la próxima estación.

En tres días no se recibió noticia alguna. La señora Heurtaut martirizada por la inquietud estaba en cama, con fiebre, y muda y sombría parecía no pensar sino en cosas lúgubres. Eugenia pasaba los días y las noches como en el horror de una pesadilla, hasta que una vez, se sintió atraída por secreto impulso y corrió á la iglesia. Allí de rodillas, oró con las lágrimas en los ojos, y cuando terminó su plegaria se puso de pié, frente al Cristo, fijando en é sus ojos que parecían dos agujeros sombríos abiertos delante de un horizonte negro.

¡Veinte y seis años de miseria, de servidumbre, de dolor, venían á presentarse ante el altar aguardando de la Divina justicia una ráfaga de compasión!

Cuando volvió á su casa se admiró de encontrar todas las puertas abiertas. Entró corriendo entre mucha gente entristecida y llegó como loca junto al lecho en que la señora se retorció en convulsivos mortales. En un instante lo comprendió todo y cayó como herida de un rayo dando un grito desgarrador.

Cuando volvió en sí quedó asombrada de que no se le hubiera reventado el corazón: sentía el estupor del vértigo y la cabeza hueca y adolorida.

—Vamos, Eugenia, le dijo la portera que estaba conmovida como si su propio hijo se hubiera muerto, vaya usted á su cuarto

á descansar un rato, yo cuidaré á la señora.

Dócil y sin fuerzas obedeció Eugenia, pero cuando abrió la puerta de su cuarto sintió como si hubiera levantado la losa de una tumba y volviendo á bajar la escalera escapó á la calle sin saber donde iría, semejante á las fieras heridas que corren locas hasta la obscura peña en que se dejaban caer para morir.

La isla dormía solitaria y silenciosa. Eugenia siguió á lo largo del parapeto del río y la dulzura de la noche esparcida en torno suyo, la envolvió en una caricia dulce, y entonces el pensamiento volvió á su cráneo y se vació.

León había muerto! Por la primera vez, Eugenia se formó una idea exacta y profunda de esta espantosa desgracia y se representó su cuerpo rígido, sus ojos sin luz, su boca que ya no hablaría nunca más.

Y siguió caninando, con la vista clavada en la corriente del río y diciendo: León, León, con trabajo, como si le pesara la lengua. La brisa arriando, bordaba la superficie de las aguas con pequeñas ondulaciones orladas de claridad, entre las cuales surgía algo como una cara transparente, cuyas pupilas de miradas lejanas, parecían expresar un reproche. Luego apareció otra cara y otra y cien y mil que emergían primero y flotaban después como flores deshojadas....

Entonces en un arrebato, Eugenia trepó rápidamente la escala del muelle para arrojarse al río, pero un grito vibró á su espalda, rumor de carrera se oyó en el muelle y dos manos robustas se apoderaron de la joven.

Eran los gendarmes, y en presencia de ellos, Eugenia volvió de suucinación y explicó que como



se le había hecho tarde para volver á su casa, por eso había venido corriendo.

Los gendarmes la acompañaron hasta la puerta de su casa.

La señora Heurtaut y Eugenia esperaban el regreso del amo, anunciado con anticipación. La señora instalada en su gran sillón, Eugenia poniendo en una mesita la comida del viajero. Ni una ni otra hablaban abrumadas por los recuerdos, llenas de la ansiedad de oír de boca del anciano los detalles de aquella desgracia.

Al fin entró el señor Heurtaut, muy envejecido, con los pasos lentos y el cuerpo pesado, trayendo en brazos un bulto que puso en manos de Eugenia. Esta lo contempló con ojos fascinados: era un niño rubio, de facciones delicadas y de boca pequeña y riante.

El señor murmuró temeroso, mirando á su mujer con ojos de plegaria y señalándole al angelito de Dios.

—Es el hijito de nuestro León. Lo vamos á recoger ¿verdad?

Profundamente conmovida la señora iba á abrirle los brazos, pero contenida por un súbito pensamiento de rencor y de ira gritó:

—¿Y la madre?

—Murió hace seis meses, dijo el señor.

Entonces la anciana tomó al niño lo contempló ávidamente y con voz sorda, salida de lo profundo de las entrañas, exclamó:

—¡Qué lindo! ¡Cuánto se le parece!

Y volviéndose á Eugenia se lo entregó diciéndole:

—Usted, Eugenia, usted es la que nos lo va á cui-

dar, porque no nos dejará usted nunca ¿no es así? Usted nos cerrará los ojos... usted...

No pudo continuar; se cubrió la cara con las manos y rompió á sollozar sin consuelo.

Eugenia se apoderó del niño con transportes de fiera. Un delirio de alegría le inundó el cuerpo, oleadas frías primero y ardientes en seguida penetraron en sus médulas; toda la dicha humana que nunca se había atrevido á soñar, le vino, real y verdadera de improviso. Tenía un niño... un niño de él... y lo vió en éxtasis, con toda su alma, y hasta se permitió el supremo placer de besarlo.

Ya se sentía fuerte, más fuerte que nunca, protegida contra todos los infortunios de la tierra.

EDGY.

## OFRENDA.

A LA CONDESITA DE CASA ROMERO.

Condesita de dulces miradas:  
Me han contado tu historia las hadas  
Que estáticas velan tu azul camailin.  
Ellas dicen que finges dormida  
Una virgen de luz circuida,  
Ellas dicen que finges despierta  
Una blanca madona, cubierta  
Con el manto de algún querubín.

Indiscretas! También me han contado  
Que á la hora de hacerte el tocado  
Tu dama,—esa rubia de talle gentil—  
Llega un silfo de aspecto arrogante,  
Y animoso, y coqueto, y triunfante,  
De tus ojos al claro destello,  
Se entretiene en colgar de tu cuello  
Las alhajas del príncipe Abril.

Y que luego, al prenderte al corpiño  
Las camelias de pálido armiño  
Que á un gnomo robara galante doncel,  
A la vez que la riente fontana,  
Su aderezo de perlas desgrana  
En cadencias muy suaves, muy suaves,  
El espléndido coro de aves  
Que aprisiona tu lindo verjel.

Y en las tardes murientes de Mayo,  
Que al fulgor del glorioso desmayo  
Que hunde entre nubes de púrpura al sol,  
Atraviesas la verde llanura  
Donde el agua rodando murmura  
Y anhelante deshojas mil flores,  
Comparando sus vivos colores  
A los tenues de occiduo arrebol.

La hemos visto—aseguran—de noche,  
Cuando ya ha replegado su broche  
La pompa soberbia del mundo floral,  
Desde el fondo sin luz de la ojiva  
Escuchando, curiosa y altiva,  
La canción de nocturna rondalla,  
Que en los plectros feliz se avasalla,  
Frente al viejo castillo condal.

Ya las hadas se van, condesita,  
Pero en prenda de próxima cita  
Me dejan un ramo y un rojo listón,  
De los cuales con gusto prometo  
No contarle á ninguno el secreto...  
Entre tanto, Margot, guarda el ramo  
Y,—libélula de oro que amo—  
Beba nectar en él tu ilusión.

EDUARDO MELO Y ANDRADE.

México, Octubre 9 de 1898.

## DE "ACUARELAS"

I.

Ya asoma en en el Oriente  
festiva y temblorosa,  
la nacarada luz del nuevo sol;  
y al beso de la aurora sonriente  
se matizan de ambar y de rosa  
los celajes que el céfiro rizó.

El Orto se abrillanta,  
Sólo quedan girones  
de la nocturna y recia tempestad;

¡ay, cómo el nido se despierta y canta!  
¡cómo se alegran ya los corazones  
al destello del sol crepuscular!

La luz serena el viento...  
¡qué profunda es la calma  
en lo infinito del espacio azul!

¡Descansa, mi dolor: también yo siento  
que penetra hasta el fondo de mi alma  
el benéfico rayo de la luz.

II

Ya apresura su vuelo  
la avecilla medrosa;  
se entristece la tierra: ¡muere el sol!  
¡cómo van desgarrándose en el cielo  
los celajes de nacar, que de rosa  
el beso de la aurora matizó!



¡Ya el Occidente puébla  
de sangrientos manchones  
del sol la mortecina claridad;

y—dragones que aborta la tiniebla—  
van surgiendo del norte nubarrones  
cárdenos, que presagian tempestad!.....

¡Luz!..... ¡más luz!.....—¡imposible!—  
Ha expirado la tarde,  
y el valle, el monte, y el espacio azul  
se van llenando de negrura horrible...  
¡ay, como tienes, mi dolor cobarde,  
horror á las tinieblas!... ¡Luz!... más luz!...  
JOSÉ BECERRA.

## HIMNO DE AMOR A INÉS.

Por fin llegaste! Te di una cita  
ha muchos años, en los albores  
de mi existencia llena de cuita,  
y te aguardaban, mi virgencita,  
¡todos mis sueños y mis amores!  
Por fin llegaste! yo no sabía  
que te acercabas gentil y ufana,  
más me lo dijo la musa mía  
por que mi numen te presentía  
como á una novia, como á una hermana.

\*\*

Cerebro triste, cerebro mío  
que tiritabas lleno de frío,  
alma clavada sobre una cruz,  
alma vencida por los dolores,  
ya teneis auras, ya teneis flores,  
ya teneis vida, ya teneis luz.  
Cantan un himno mis ilusiones,  
pisan estrellas de oro mis pies  
y en mis ensueños y en mis canciones  
y en mis delirios y en mis visiones  
he y este nombre de fuego: *Inés!*  
*Inés*, escrito miro en el cielo,  
*Inés*, las linfas del arroyuelo  
van murmurando; tu nombre es  
música excelsa, divino arrullo;  
*Inés*, suspiran con dulce orgullo  
mis pensamientos: *Inés, Inés!*  
Mis ilusiones, las golondrinas  
que antes batían en las ruinas  
sus leves alas de tornasol,  
si en tus miradas de luz las bañas,  
van al alero de tus pestañas  
buscando nido, buscando sol.....

\*\*

Cómo te sigue mi pensamiento!  
Oirás sin duda doquiera estés,  
algo que finge rumor del viento,  
nota perdida, lánguido acento,  
que suspirando te dice: *Inés!*  
Ah! tú no sabes los celestiales  
dones que vienen contigo á mí:  
has dado flores á mis eriales,  
alas potentes á mis ideales  
y fé á mi alma, pues creo en tí.  
Oh! no me olvides, oh no me hieras,  
por quien más ames, por quien más quieras...  
mira que mi alma si tu la ves  
su vuelo al trono de Dios levanta  
y un himno inmenso de gloria canta,  
un himno inmenso que dice: *Inés!*

X. Y. Z.

## LUZBEL.

Jehováh feliz la concepción más bella,  
Allá en lo eterno, refractó en su mente:  
Era un arcángel cuya hermosa frente  
Bañaba el iris de su limpia estrella.  
Un rastro de diamante era su huella,  
Una aurora de oro era su ambiente,  
Y era su cauda un lampo transparente,  
Bordado del fulgor de la centella.  
Pero el arcángel mirase en sí mismo;  
Evanecida la criatura loca,  
A su Criador atrévese insensata...  
Rásgase entonces el eterno abismo,  
Y, contra el filo de candente roca,  
Su orgullo estrella la beldad ingrata.

JOSÉ MARÍA RODRIGUEZ Y COS.



# PAGINAS DE LA MODA



FIGURA 1.-TRAJE PARA TE.





Fig. 2 - Traje parisiense de Otoño.

Higiene de la infancia.

(CONCLUYE)

Nosotros creemos que no se debe tener al niño demasiado envuelto, porque además de que las muchas envolturas le impiden extender sus miembros con libertad, la transpiración cutánea que siempre viene acompañada, como toda secreción de productos acres é irritantes, (urea, ácido úrico, etc) por la sudación



Fig. 5 - Toilette obscura con bandas.

estas substancias, debida á sus propiedades, producen una irritación en los tejidos, dando origen á escoriaciones en las axilas, en las ingles, etc, escoriaciones que mucho hacen llorar á los niños, pudiendo las madres evitar estos sufrimientos á sus hijos por los cuidados convenientes.

Debe, pues, la madre cuidar que el niño se encuentre en el mejor estado de aseo que le permitan sus facultades, por consiguiente, somos de opinión que al niño se le bañe, se le cambie frecuentemente sus ropas, que se inspeccionen el cuello, las axilas, las ingles y todas las partes en que la piel de los niños forma arrugas ó pliegues, á fin de evitarles molestias que mucho los hacen sufrir, ocasionándoles el intertrigo (vulg escaldaduras). Para corregir estas manifestaciones bueno es que después de bañar al niño diariamente, y una vez inspeccionadas las partes antes dichas, se les aplique en ellas polvo de almidón, de haba, de licopodio etc. El baño produce en el niño bastante bienestar, y hemos podido observar con cuánta avidez el niño busca el agua del baño, que le produce además del bienestar, un sueño tranquilo y quizá reparador.

A medida que el niño crece se deben cambiar sus vestidos por otros que estén en relación con su crecimiento y sus movimientos, que de día en día se hacen más marcados, y que si lo condenamos á tener siempre hasta mayor edad con el uso de los mismos, podríamos originarles algunos defectos en su conformación física.

Algunas madres quieren que sus hijos aunque no tengan una edad conveniente, que usen calzado; si se exceptúa el de estambre, único que pueden usar á título de abrigo, cualquier otro es perjudicial, porque no estando los niños aptos para explicar la inconveniencia del calzado, puede éste ocasionarles algunos defectos en su aparato locomotor. Todos sabemos que el uso de él es un preservativo único de nuestros pies contra la rudeza del suelo, y que teniendo por objeto preservarnos de las lesiones que las asperezas del piso pueden ocasionarnos á los que tenemos que hacer uso de estos órganos para caminar, juzgamos, pues, innecesario é inconveniente el uso del calzado propiamente hablando, y para decirlo de una vez, que puede ser perjudicial para el niño, que por su cortísima edad para los días de su vida en brazos de la madre ó la niñera.

Michel Levy juzga mal el uso de la franela como prenda de vestir para los niños; se exagera el uso de este artículo para abrigarlos, para guarecerlos contra los cambios atmosféricos que tienen su utilidad al punto de vista de la caloricidad. La franela según él, hace á los niños delicados, enfermizos é indolentes. Acarrea la suciedad por la impregnación de las emanaciones cutáneas. Douné cree que en los niños no es tan difícil ni tan peligroso como se cree despojarlos del uso de la franela después que la han llevado mucho tiempo.

El dormitorio del niño no debe ser ni demasiado caliente ni demasiado frío; se evitará sobre todo acostarlo en el lecho de la madre ó de la nodriza, se le acostará en una cama aparte bastante bien aereada, á una temperatura de 19 á 20° centígrados. Deben suprimirse las colgaduras que impiden que el aire circule libremente en su lecho. Michel Levy aconseja no acostumbrar á los niños á dormir sobre los brazos ó las rodillas, porque se les expone á tomar actitudes viciosas.

En cuanto á los cuidados de limpieza, éstos tienen una importancia capital en la higiene del niño; desde el momento en que ha ensuciado sus pañales, es preciso cambiárselas para evitar que todos los productos de secreción produzcan irritaciones en la piel (escoriaciones, intertrigo, eritema, etc.), tiene también por objeto el cambio de ropa, que la humedad no les produzca cólicos y algunas veces hipo que es tan molesto para los pequeñitos. Las funciones de la piel serán mantenidas por baños frecuentes á una temperatura de 25° á 30° centígrados, abluciones, lociones cuya temperatura se irá graduando paulativamente hasta 10° y 15° centígrados, estas lociones frías serán hechas rápidamente y seguidas de fricciones con un lienzo suave. Será algunas veces necesario suprimirlas, por ejemplo en el invierno, sobre todo si el niño es delicado ó enfermizo. Como sería imprudente y peligroso sacar al niño antes de los quince días de su nacimiento á la calle, sobre todo en los tiempos fríos, es conveniente hacer constar el nacimiento á domicilio en el Estado Civil, así como se practica en las grandes ciudades de Europa. Una vez habituado el niño al aire exterior, será preciso hacerle salir, á lo menos una vez todos los días durante una, dos, tres ó más horas según las estaciones y las condiciones atmosféricas.

Se deberá evitar en el recién nacido con gran cuidado, la acción del frío que puede llegar á ser el punto de partida de afecciones más ó menos graves, tales como la histeria, esclerema de los recién nacidos, bronquitis, coriza, neumonía, gastró-entiritis, oftalmías, todo de forma catarral.

Muchas madres con ese amor rayano en egoísmo, quieren que á sus pequeños no les dé ni el sol, ni luz, ni aire, y encierran á la niñera con el niño en la cámara casi herméticamente, y el niño que necesita desde sus primeros días, un aire puro, saturado de oxígeno, respira al contrario, un aire cargado de las impurezas con que se vician los aires confinados en las habitaciones. Todos sabemos la poderosa influencia que tienen sobre nuestro organismo los elementos atmosféricos, luz, aire, etc., la no menos poderosa de los rayos solares, y cómo se modifican nuestros tejidos al contacto de esos poderosos elementos. No por eso queremos que el niño permanezca á la intemperie, pero sí, que con un poco de cuidado y prudencia, el recién nacido reciba el beneficio de tales elementos, que se ventile la habitación procurando las corrientes de aire en el departamento destinado para su habitación.

Ya hemos hablado algo acerca de los cuidados que deben tenerse con los recién nacidos y vamos ahora á ocuparnos de la parte más importante que requie-

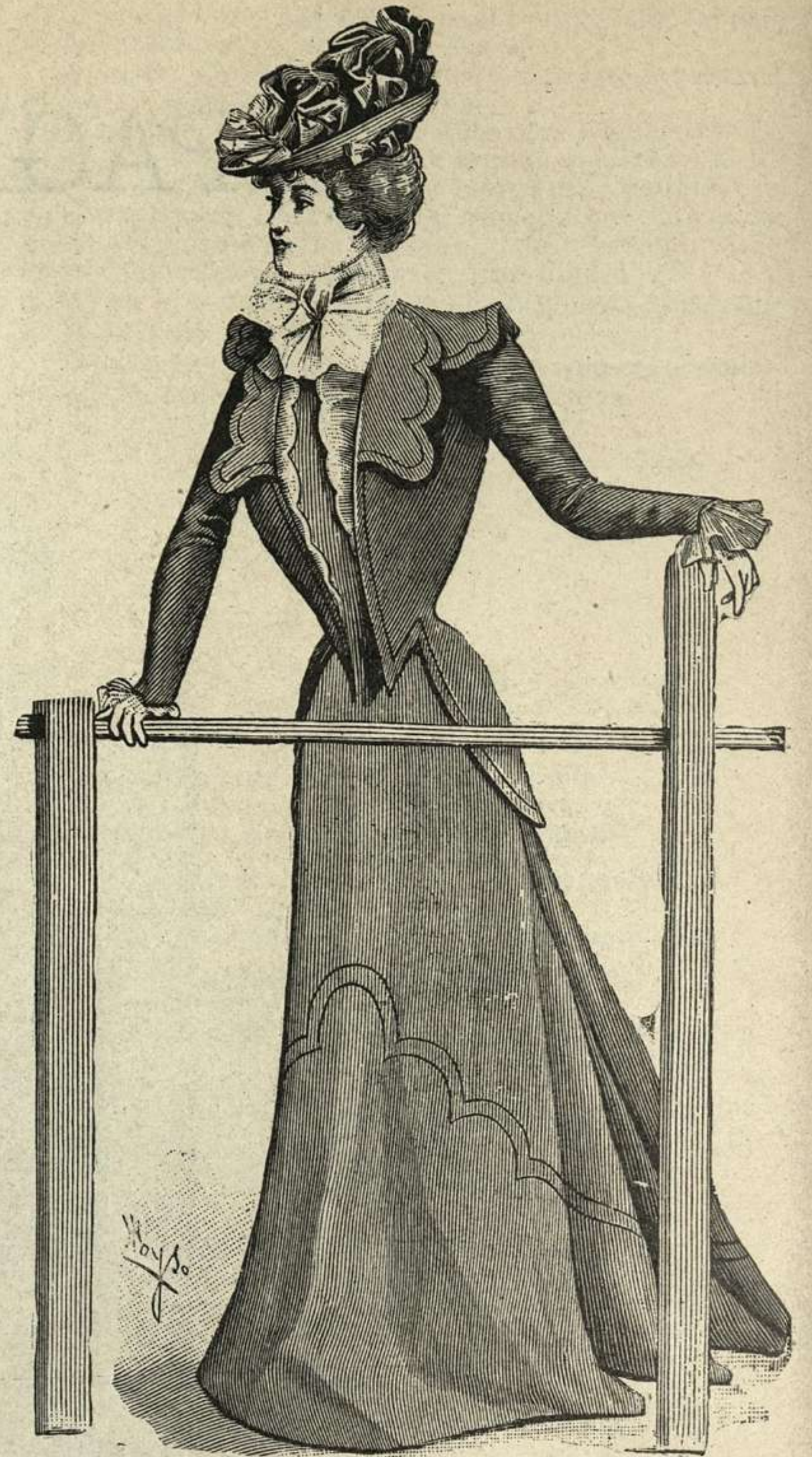


Fig. 3. - Traje de paño.

ren todos sus órganos, todos sus aparatos, en suma, todo su organismo, para conservarse siempre resistente y poder soportar los ataques de procesos patológicos inherentes á su edad. Vamos á hablar de la alimentación.

Entendemos por alimentación el arte de introducir en nuestro organismo, cuerpos de naturaleza compleja y bastantes para reparar las pérdidas de todos nuestros tejidos.

Y llamamos alimento toda substancia que introduci-



Fig. 4. - Traje fantasía.





Fig. 8 - Deshabillé Watteau.

da en el aparato digestivo, es capaz de dar los elementos de reparación a nuestros tejidos y los materiales del calor animal. (Beclard)

Es sobre todo en la primera infancia que la alimentación desempeña un papel importante.

Está hoy demostrado que la leche debe ser exclusivamente el primer alimento del niño y la base de su alimentación durante todo el tiempo de su primera edad; la estructura anatómica de la boca en esta época de la vida, hace imposible la prehensión, la masticación y la insalivación de los alimentos.

La primera secreción láctea ó calostro es indispensable en el recién nacido, no porque le purgue sino porque es un quilo dado por la madre, una emulsión natural que no puede reemplazar ninguna otra artificial. Algunos autores quieren que transcurran veinticuatro ó cuarenta y ocho horas para dar al niño el pecho; pero Michel Levy cree que no es necesario esperar tanto tiempo, que si el estado de la madre lo permite, se puede intentar dárselo de diez á doce horas después del alumbramiento.

La lactancia puede ser natural ó artificial. La lactancia natural es proporcionada por la madre, por una nodriza ó por un animal doméstico, de ahí, cuatro variedades de lactancia: 1ª la maternal, 2ª la ministrada por una nodriza, 3ª la que proporciona un animal, 4ª la proporcionada con ayuda de un instrumento, biberón, cuchara, etc. El más usual es el biberón.

Vamos aunque someramente á estudiar cada una de estas formas de lactancia, siempre convencidos de nuestra insuficiencia, la que deja innumerables vacíos que sólo vuestra indulgencia puede llenar.

Comenzaremos primeramente por la lactancia maternal.

Esta es sin discusión alguna la única que debería siempre ser empleada, interesando esta conducta tanto á la madre como al niño.

Por parte del niño, éste encuentra en la leche de su madre el alimento más apropiado á sus necesidades y sus órganos.

Hay algunas circunstancias que pueden modificar la lactancia, y éstas pueden depender de la madre ó del niño.

El estado general de la mujer, las emociones vivas,

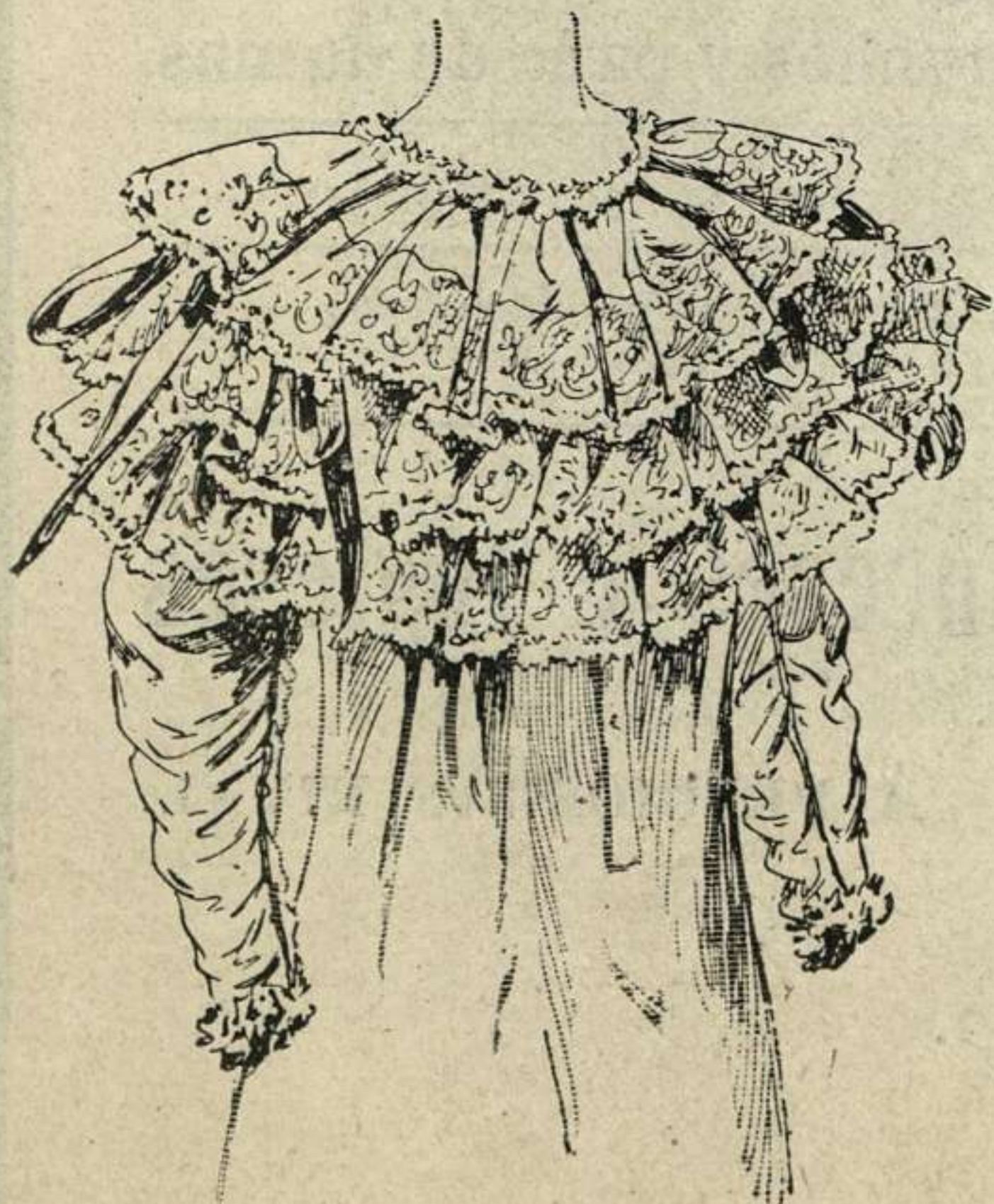


Fig. 7. - Camisa María Teresa

modifican profunda y rápidamente la constitución de la leche, son á menudo la causa de convulsiones, diarrea ó ataques epileptiformes

La extrema excitabilidad del sistema nervioso, la manía puerperal, la alteración de las facultades mentales, un temperamento demasiado linfático y la predisposición á la tisis pulmonar, la debilidad congénita ó adquirida, etc, son también otras tantas causas que se oponen ó contra indican la lactancia maternal.

Por parte del niño, es imposible en casos de labio leporino, adherencia anormal del freno de la lengua, división de la bóveda palatina ó del velo del paladar, etc.

La lactancia de una nodriza, requiere, para ser buena, algunas indicaciones indispensables que nunca deben descuidar los padres de un recién nacido, y deberán ser muy exigentes tanto en lo físico como en lo moral para la adquisición de aquella.

Según Devergie, los caracteres que debe tener una buena nodriza, son su edad de 25 á 30 años; más allá de esta edad, las buenas nodrizas son raras, su constitución debe ser fuerte, de pecho ancho, temperamento sanguíneo linfático, cabellos negros, dentadura sana senos piriformes con pezones claramente marcados sin una demasiada dilatación de las venas. Tanto como sea posible no será primípara, porque mientras más hijos haya tenido, tendrá más experiencia respecto de los cuidados que reclamala primera edad, se preferirá una nodriza casada á una celiibe, ofreciendo ésta menos garantías de buena conducta y moralidad; toca al médico de consulta dar á los padres estos consejos por lo que se relaciona con la buena salud de sus hijos.

LAS HEROINAS.

RAFAELA LÓPEZ AGUAYO DE RAYÓN.

Es digno de una espartana el rasgo que hace entrar á esa dama en el coro de las heroínas de la Independencia de México. Estando Don Ignacio Rayón en la Hacienda de Cópore, (Distrito de Zitácuaro, Michoacán.) recibe la noticia de que su hermano Don Francisco había sido hecho prisionero en Tlalpujahua, por el coronel realista Don Martín Matias de Aguirre, quien ofrecía perdonarle la vida si Don Ignacio abandonaba la causa de los insurgentes. Don Ignacio sabía bien lo que le mandaba el deber; pero lo consulta con su anciana madre, y ésta, ahogando su sentimiento y dejando que las lágrimas le quemaran interiormente el corazón. le ordena diga á Aguirre que podía inmolar á su hermano; que ella hacía el sacrificio de él en aras de la patria.

MANUELA MEDINA.

El Licenciado Rosains, secretario del gran Morelos, consagra en el diario de operaciones que escribía, este recuerdo á la intrépida amazona:

"Día 9 de Abril, (miércoles) Hoy no se ha hecho fuego ninguno. Llegó en estedia, á nuestro campo, Doña Manuela Medina, india natural de Texcoco, mujer extraordinaria á quien la Junta dió el título de capitana, porque ha hecho varios servicios á la nación y acreditándose por ellos, pues ha levantado una compañía y se ha hallado en siete acciones de guerra. Hizo un viaje de más de 100 leguas por conocer al General Morelos, después de haberlo visto, dijo que ya moriría con ese gusto, aunque le despedazase una bomba de Acapulco."

Doña Manuela Medina murió en la ciudad de su nacimiento en marzo de 1822. Se atribuye su muerte á dos heridas de lanza que recibió en un combate y que año y medio la tuvieron postrada en el lecho del dolor.

LA GENERALA CATALÁN.

En uno de esos pueblecitos que se esconden entre las arrugas de las montañas del Sur, estaba sitiado el General Catalán, que tenía á sus órdenes un puñado de valientes. Pero la rendición era indispensable. No era que faltase el valor: era que hacia algunos días que las provisiones se habían agotado y el desaliento había invadido á los insurgentes algunos de los cuales veían la capitulación como halagüeña esperanza. Eran los momentos más críticos, cuando la esposa del General seguida de un grupo numeroso de mujeres, se presentó al campamento.

—Venimos —dijo— porque hemos hallado la manera de ser útiles á nuestra patria: no podemos pelear pero podemos servir de alimento Venimos á morir!— y dando el ejemplo de abnegación sacó del cinto un puñal y se lo llevó al pecho: cien brazos se lo arrancaron, al mismo tiempo que un alarido de entusiasmo aplaudía aquel rasgo sublime.

El desaliento huyó como los fantasmas con la luz de la mañana; las mujeres se armaron de machetes y garrotes y salieron á pelear con el enemigo.

Casi todos los insurgentes murieron pero ninguno se rindió.

VIRTUDES MEDICINALES DEL AGUACATE.

Este fruto tan delicioso y alimenticio también es medicinal. Contiene un aceite inmejorable para evitar la caída del pelo, y el jabón hecho con él es excelente para suavizar el cutis, siendo además el mejor emoliente para la gota.

La semilla fresca y molida, disuelve los panadizos; y seca y pulverizada después de tostarlo, es un remedio eficaz para las diarreas.

Con el zumo de la semilla se marca la ropa de una manera indeleble.



Fig. 6. - Traje de Srta para Garden Party.

Auxilios á los ahogados.

La respiración artificial debe ser practicada para ahogados, para los asfixiados y para los envenenados. Si al cabo de tres horas de esfuerzos continuos el paciente no recobra la vida, será inútil continuar.

Manual operatorio.—1º Colocar al asfixiado en un sitio ventilado que no esté demasiado caliente; desnudarlo y acostarlo, la parte alta del cuerpo ligeramente elevada, pero la cabeza inclinada hacia atrás; cubrirlo con manta, con paja ó heno. Separar las mandíbulas, mantenerlas abiertas por medio de una cuchara ó de un trozo de madera, atraer la lengua hacia afuera con los dedos enrollados en un pañuelo y confiarla á un ayudante.

2º Mientras que los ayudantes friccionan el cuerpo con alcohol ó franela seca, hay que colocarse á la cabeza del asfixiado, teniendo cuidado de desobstruir y limpiar las ventanas de la nariz y la boca si hay necesidad; coger los brazos cerca del codo, el dedo pulgar hacia adelante: apoyar lateralmente sobre la caja torácica por el intermedio de los brazos, y llevarlos después, haciéndoles describir, lateralmente un circulo.



Fig. 9. - Camisa duquesa.



lo sobre la cabeza del paciente: volverlos á llevar al tórax, apretar y tirar así sucesivamente. El movimiento completo debe ser practicado de 15 á 18 veces por minuto. Al mismo tiempo, el ayudante que sostiene la lengua deberá ejercer sobre ella tracciones alternativas, correspondientes á los movimientos impresos á los brazos. (Este procedimiento indicado por Mr. Laborde, ha dado excelentes resultados) Se oye el aire que entra silbando y la respiración se restablece poco á poco si se han tomado todas las precauciones necesarias.

#### CONSERVA DE DURAZNO.

Se pone al fuego un cazo con agua á la que se le añade una cucharada de ceniza; luego que esté hirviendo se ponen en ella los duraznos y cuando se les empieza á levantar el pellejito se sacan uno á otro, se restregan con una servilleta hasta que queden bien mondados, y se echan después en agua tibia. En seguida se hace un almíbar clarificado y de medio punto en el cual se echan los duraznos para que hiervan por espacio de media hora; pasada ésta, se apartan del fuego, y se guardan en un trasto de barro.

Esta operación se repite por cinco días consecutivos para que la fruta quede bien conservada; el último día, después que hayan hervido, se le añade azúcar al almíbar, se pasa éste por una servilleta húmeda, se vuelve á poner al fuego hasta que esté de punto, y en seguida se vierte sobre los duraznos.

#### NUESTROS GRABADOS

FIG. 1—TRAJE PARA TÉ.

Está hecho de piel de seda rosa vieja brocateado en azul con figuras de guías, forma una gran casaca orlada de volantes sobre una toilette de tul de seda plissé orlado también de volantes graciosos. Cuello Valois.

FIG. 2—TRAJE PARISIENSE DE OTOÑO.

Es de Sarga de lana y seda gris perla, con un jacquet militar de hermosa factura, cruzado de aletillas fijadas con botones fantasía, las cuales ornan también las mangas.

FIG. 3—TRAJE DE PAÑO.

Es de paño de otoño, asurgado, con una casaca fantasía de hermosísima factura, con solapas caprichosas, abierto sobre una camisa de batista plissé.



Fig 10.—Sombrero Roda.

FIG. 4—TRAJE FANTASÍA.

Es también de paño, con casacón, formando en el cuerpo como un doble corsé y en la falda como una doble museta, ambos abiertos sobre un gran plissé de gasa muy ceñido. Gran corbata papillón de muselina de seda.

FIG. 5—TOILETTE OSCURA CON BANDAS.

Es de paño de otoño gris acero con jacquete figurada, que así como la falda está orlada de bandas bordadas de hilo de seda, en dibujos sobrios pero muy elegantes.

FIG. 6—TRAJE DE SEÑORITA PARA GARDEN PARTY  
Es de gasa blanca y azul con un gran plissé en la falda, limitado por un bordado azul pálido y blanco. El cuerpo es todo plissé con un gran yoke bordado, y graciosas espaldetas.

FIGS 7, 8 y 9

Dos elegantes camisas y un deshabilé. Damos bajo estos números tres graciosos modelos de casa de última novedad. La camisa María Teresa, es de noche, en nansouk blanco; el deshabilé hácese en batista ó en surah, y la camisa segunda que también es de noche, en percal blanco, guardecido de bertha orlado de una veneciana y un entredós.

FIG. 10—SOMBRERO RODA.

Todo hecho de raso y plumas. La falda ó calota está formada con el raso, y de él surgiendo las dos alas y un penacho, de muy buen gusto. El raso forma á la izquierda un moño muy hermoso.

#### Otro pago de \$14,287.00 de "LA MUTUA" En Guadalajara, (Jalisco)

Recibí de "The Mutual Life Insurance Company, of New York" la suma de (\$14,287) catorce mil doscientos ochenta y siete pesos plata mexicana así:

\$10 000 suma asegurada, y

\$04 287 por devolución de

premios, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm 750 832 bajo la cual y á mi favor estubo asegurada mi finada esposa Doña

#### ISABEL HERRERA DE VAZQUEZ.

y para la debida constancia en mi carácter de beneficiario nombrado en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en Guadalajara, (Jalisco,) á veintidos de Agosto de mil ochocientos noventa y ocho.

Firmado.—Miguel Vázquez.

Unos timbres por valor de \$14 30 cts debidamente cancelados.

Un timbre de \$ 050 cts. debidamente cancelado Salvador España, Notario Supernumerario de esta Municipalidad. Certifico que el anterior recibo fué suscrito en mi presencia por el Sr. D Miguel Vázquez, á quien doy fe conocer así como de querecibió de la Sucursal del Banco de Londres en esta ciudad la cantidad que se expresa en el mismo. Doy fé.

Guadalajara, Agosto veintidos de mil ochocientos noventa y ocho.

Firmado.—Salvador España.

## ALMACENES

— DE —

# LA REFORMA DEL COMERCIO

ESQUINA DE LAS CALLES DE TACUBA Y EMPEDRADILLO

.....CASA EN PARIS.—5 PASSAGE VIOLET.....

MEXICO.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestra numerosa clientela y al público en general, que acabamos de recibir el elegante surtido de artículos para INVIERNO con las últimas novedades de PARIS, tales como CACHEMIRES GRUESOS de varios estilos, CHEVIOTTE negro y de color, PONCHOS, PELERINAS de piel, TOURS DE COU fantasía, GUANTES de piel, etc., etc.

Todo á precios sin igual y de gusto exquisito.

Recomendamos nuestro elegante surtido en

Telas de lana y seda,

Brochés y paño de damas.

Inmenso surtido de encajes, adornos y pasamanerías.

Cinturones de metal. Abrigos de todas clases y de todos precios.

Espléndido surtido en

Casimires Franceses é Ingleses

ULTIMA NOVEDAD.

A PRECIOS SIN RIVAL.

A. Richaud y Compañía.